

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

EL PRINCIPE RACHMANINOF

**Lou
Carrigan**



Mundialmente conocido, el hotel Verdun de Niza, sito ni más ni menos que en la Avenue Verdun, en la zona que atraviesa el Jardín Alberto I, es sin duda alguna el de más «gran lujo» de la bella ciudad francesa.

En un hotel así donde, para empezar, no se admiten perros ni otros animalitos más o menos simpáticos, y que tiene servicio de télex, aire acondicionado, restaurante, garaje de pago, cambio de moneda, salas de convenciones, servicio de relaciones públicas y traductores, encargados de viajes, cien cosas más, y, por supuesto, piscina (en la terraza), en un hotel así, decíamos, todo es elegante y discretísimo. Considerando la clase y empaque de los personajes que se alojan en él, ni siquiera un incendio podría alterar el correcto comportamiento de todos. Con toda seguridad, de existir tal siniestro ígneo, las damas y los caballeros se pondrían en pie sosegadamente, y se dirigirían hacia la puerta.



Lou Carrigan

El príncipe Rachmaninof

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1693

ePub r1.1

Lds 25.02.19

Título original: *El príncipe Rachmaninof*

Lou Carrigan, 1983

ePub modelo

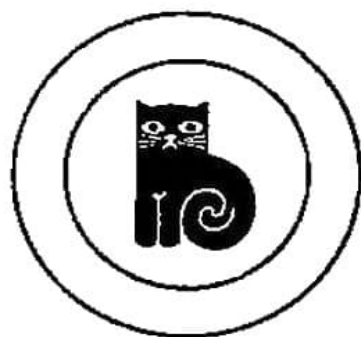
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRIMERA PARTE

BUENOS MODALES

CAPÍTULO PRIMERO

Mundialmente conocido, el hotel Verdun de Niza, sito ni más ni menos que en la Avenue Verdun, en la zona que atraviesa el Jardín Alberto I, es sin duda alguna el de más «gran lujo» de la bella ciudad francesa.

En un hotel así donde, para empezar, no se admiten perros ni otros animalitos más o menos simpáticos, y que tiene servicio de télex, aire acondicionado, restaurante, garaje de pago, cambio de moneda, salas de convenciones, servicio de relaciones públicas y traductores, encargados de viajes, cien cosas más, y, por supuesto, piscina (en la terraza), en un hotel así, decíamos, todo es elegante y discretísimo. Considerando la clase y empaque de los personajes que se alojan en él, ni siquiera un incendio podría alterar el correcto comportamiento de todos. Con toda seguridad, de existir tal siniestro ígneo, las damas y los caballeros se pondrían en pie sosegadamente, y se dirigirían hacia la puerta.

—*Madame*, creo preferible abandonar tan grato lugar.

—Ciertamente, *monsieur*; parece que hay un incendio.

—Sin duda, alguna imprudencia. ¿Me permite su brazo, *madame*?

—Con mucho gusto, *monsieur*. Agradecida.

—Cuidado con la alfombra, *madame*, sería altamente inoportuno tropezar y caer en estos momentos.

—Cierto, *monsieur*, tenemos las llamas a menos de un metro.

—*Madame*, no debe preocuparse. Por aquí, *madame*, por favor.

—Gracias, *monsieur*. Efectivamente, por aquí accederemos con mayor premura al exterior. ¡Qué gran idea la suya!

—Siempre al servicio de *madame*.

—Es usted todo un caballero, *monsieur*,

—Favor que usted me hace, *madame*.

Y así, hasta que estuviesen a salvo *madame* y *monsieur*, y las demás *madames* y los demás *monsieurs*.

La discreción es una gran cosa. Sin embargo, a veces ni siquiera en un lugar fastuoso como el hotel Verdun (donde cien pares de ojos invisibles controlan que todo vaya bien, que esa discreción prevalezca por encima de todo), es posible conseguirlo. Pasa como en el Ejército: nadie sabe de dónde ha partido determinado rumor, pero ahí está, circulando por todo el acuartelamiento, en las ondas de «radio macuto». ¿Quién ha hecho correr el rumor? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo se ha sabido tal o cual cosa? ¡Ah, misterio!

Y esto fue lo que sucedió en el hotel Verdun, para desesperación y congoja del director; pese a todas las precauciones tomadas, la «radio macuto» del hotel hizo circular la noticia de que Su Alteza, el príncipe Alexei Rachmaninoff, había hecho reservas en el hotel, donde pensaba alojarse de incógnito. Incógnito que, por supuesto, ya no existía.

—Una desgracia —se lamentaba el director del Verdun, ante el jefe de la conserjería—. ¡Una verdadera desgracia, René!

—No debería usted preocuparse tanto, *monsieur* Debré. Por fortuna, nuestra clientela es lo bastante selecta para tranquilizarnos... Evidentemente, todos saben ya que el príncipe Rachmaninoff va a alojarse en la casa, pero eso no implica que lo sepa la prensa. Y generalmente, estos grandes personajes de quien huyen es de la prensa. Por lo demás, no creo que les disguste relacionarse con los demás clientes del hotel. Podemos tranquilizarnos con la idea de que Su Alteza se considerará de incógnito mientras la prensa no le moleste. Y nosotros nos cuidaremos de ello.

—¿Usted cree, René? ¿Realmente Su Alteza se lo tomará de ese modo?

—Mais oui, ¡naturellement! Tout sùrel

—No sé, no sé...

Monsieur Debré no las tenía todas consigo, pese a las tranquilizadoras palabras del buen Rene. Al principio, todo sea dicho, *monsieur* Debré había tenido sus dudas respecto a aceptar en «su» hotel al tal Alexei Rachmaninoff. Ya se sabe: siempre hay advenedizos con la cara muy dura que, simulando ser un personaje,

se cuelan en las altas esferas sociales, a meter sus narices por todas partes. *Monsieur* Debré todavía recordaba, con grandioso espanto, aquella vez en que se les «coló» en el hotel una camarera de un bar del puerto de Marsella. *¡Bon Dieu, terrible!*

c'est

La chica llegó envuelta en pieles e inundada en joyas, en un coche más grande que el hotel, y con aires de ser, por lo menos, sobrina de la reina de Inglaterra... Luego, se supo que era camarera, y que aquello había sido una divertidísima aventura para ella; aventura que había podido pagar con el dinero ganado en la *tiercé*, esto es, en las quinielas de las carreras de caballos. *¡Bon Dieu, bon Dieu, bon Dieu...!*

Pero esta vez no había peligro de que sucediese una cosa parecida. Escarmentado, *monsieur* Debré se había asegurado muy bien respecto a la personalidad de Su Alteza el príncipe Alexei Rachmaninoff. Por fortuna, en el hotel estaba hacía días la joven y bellísima baronesa Amelie Thiérs-Chateau, descendiente de una de las más linajudas familias de Francia y, si alguien podía aliviar de sus dudas a *monsieur* Debré, ese alguien era Amelie Thiérs-Chateau.

—¿Alexei Rachmaninoff? ¡Oh, sí, ciertamente!

—¿Debo entender que existe, baronesa?

—¿El príncipe Rachmaninoff? ¡Por supuesto, querido Louis! Pero es muy extraño que se deje ver. Claro que si ha exigido el incógnito, todo tiene sentido. De todos modos, a decir verdad, creía que había muerto hace años. Mi madre me hablaba con cierta frecuencia de la familia Rachmaninoff... ¡Grandes aristócratas rusos, por cierto!

—¿Entiendo que el príncipe es un caballero anciano?

—Pues... Bueno, el que mencionaba mi madre sería ahora muy anciano, ciertamente. Pero no; éste murió ya, hace unos años. Sin embargo, dejó un hijo que...

La baronesa Thiérs-Chateau, además de joven y bellísima, era una amenísima conversadora, simpática, inteligente, amable con sus «inferiores». Y al parecer, de más jovencita había experimentado gran placer en escuchar a su señora madre las explicaciones sobre la nobleza europea. En resumen: Alexei Rachmaninoff, padre, había escapado de Rusia en un momento oportunísimo, de modo que había conseguido llevarse una colosal fortuna, su esposa, sus títulos y dos fidelísimos sirvientes. Nada más salir de Rusia, ¡pif!, el

príncipe desapareció. Durante años, nadie supo nada de él. Luego, comenzaron a circular rumores de que estaba en Francia, y que había tenido un hijo. Finalmente, se le localizó y él aceptó esto. Nadie le molestó. Al morir su esposa, enfermó de tristeza y, según se decía, había ido a morir «de incógnito» a la madrecita Rusia. Para entonces, Su Alteza Alexei Rachmaninoff, hijo, era ya un hombrecito que, simplemente, desapareció. Se decía que tenía una «salvajada» de dinero en cierta banca de Zurich y, de cuando en cuando, corrían rumores de que había estado en tal o cual sitio. Fin del reportaje.

—...Así que, mi buen Louis, no debemos dudar de que existe el príncipe Rachmaninoff. Lo único que no se sabe de él es dónde encontrarlo. ¿Desde dónde pidió reservas en el hotel?

—Desde Torremolinos. Eso está...

Monsieur Debré se calló, porque la baronesa le dirigió una lánguida mirada de simpatía, y el hombre comprendió que él no tenía que enseñarle a la baronesa nada sobre la Costa del Sol malagueña, en la habitualmente soleada España. Dando muy expresivas gracias a la escultural y sugestiva baronesa, *monsieur* Debré se retiró, ya tranquilizado respecto a la personalidad del príncipe Rachmaninoff.

Seguramente, *monsieur* Debré habría caído desmayado si una de las empleadas del hotel le hubiese dicho que para identificar al príncipe Rachmaninoff había un medio, un medio sencillísimo; mirarle las posaderas. ¡*Sacré!* ¡Mirarle las posaderas a un príncipe! ¿Cómo se le pedía a un príncipe que mostrase tal región anatómica? Descartada por supuesto la de «Alteza, me gustaría veros el culo», todas las demás, por muy correctas que fuesen, tenían que resultarle impertinentes a una persona que tenía sangre azul...

Pero a fin de cuentas, *monsieur* Debré no se vio en este dilema, porque la empleada que podría haberlo puesto en antecedentes del truquito, se guardó muy bien de hacerlo. La empleada se llamaba Nanette Bertin, tenía veintidós años, era una escultura rubia con los ojos azules y, además del francés (*naturellement!*), sabía cuatro idiomas: italiano, inglés, español... ¡y ruso! Como esto lo había demostrado sobradamente la deliciosamente sexy Nanette, a *monsieur* Debré le importó un pito el saber cómo se las había arreglado tan despampanante y juvenil criatura para saber... ¡el

ruso! Lo único que le interesaba a *monsieur* Debré era que el hotel se beneficiase de los conocimientos idiomáticos de la más completa y mejor pagada traductora de la casa.

Así que fue a verla, eso sí.

—Nanette —le dijo—, la supongo enterada de que va a venir al hotel el príncipe Alexei Rachmaninoff, descendiente de la más alta aristocracia rusa de tiempos pasados. Como es lógico, hija mía, espero de usted que ponga a disposición de Su Alteza sus conocimientos de políglota.

—Naturalmente, *monsieur* Debré. Lo haré encantada. Aunque debemos suponer que Su Alteza no precisará de mis servicios, pues debe conocer también varios idiomas.

—Bueno, bueno, bueno... ¡Pero por si acaso, ahí estará usted, junto a él, por si en cualquier momento la necesita! ¿*Qa va, ma petite Nanette?*

—Descuide usted. Además, es mi trabajo, ¿no?

—Exactamente. ¡Ah, qué bonito golpe de efecto sería que cuando llegase el príncipe usted se adelantase a darle la bienvenida en su idioma!

—*Monsieur*, usted no debe ignorar que el príncipe nació en Francia, que es francés, y que, por tanto, su idioma es el nuestro.

—¿Eh...? ¡Oh, bueno, eso no importa! ¡Naturalmente tiene que hablar el ruso, y estoy seguro de que le encantará ser recibido por una persona tan encantadora como usted que le hable en su idioma!

—Lo haré con mucho gusto, *monsieur* Debré.

—Gracias... ¡Gracias, hija mía, gracias!

Monsieur Debré era muy amable, y por eso dio las gracias a quien, ciertamente, sólo iba a cumplir con un trabajo por el que cobraba alrededor de diez mil francos mensuales. Francos nuevos, por supuesto. Con este sueldo, joven y encantadora, soltera y sola en la vida, Nanette Bertin vivía prácticamente como una reina. Lo cual, a fin de cuentas, es más que princesa... o príncipe. Todo esto lo sabía muy bien *monsieur* Debré que, naturalmente, había requerido antecedentes de Nanette antes de emplearla: familia honesta, universitaria, elegante, inteligente, simpática, cinco idiomas... ¡Oh, la, la...! ¿Qué más se le podía pedir a Nanette Bertin? Pues si *monsieur* Debré no hubiese estado tan nervioso y preocupado a lo mejor se le habría ocurrido pedir respuesta a una

pregunta: ¿y cómo sabe usted, hija mía, que el príncipe Rachmaninoff ha nacido en Francia?

Pero *monsieur* Debré no hizo la pregunta, y Nanette se quedó pensando en Alexei Rachmaninoff, dubitativa. Muy dubitativa, porque a ella, la verdad, tampoco se le ocurría cómo pedirle al príncipe que le mostrase las posaderas. Lo malo era que ella estaba empeñada en conseguirlo. Por nada malo; simplemente, quería ver si allí, en la nalga izquierda, Alexei Rachmaninoff tenía la señal que a ella la convencería de que, realmente, estaba viendo unas posaderas que contenían sangre azul.

En fin, habría que esperar al príncipe. Y mientras esperaba, Nanette recordó los versos de la gran poetisa Vera Ramírez:

Llega la vida, llega la muerte, llegan el sol y la luna...

¿Cuándo llegarán mis labios a beber el amor de tu fuente?

Y como el sol y la luna, como las estrellas y el amor, llegó por fin Su Alteza el príncipe Alexei Rachmaninoff.

Muy discretamente, por supuesto; pero, eso sí, el día y la hora anunciados, con puntualidad admirable.

En la breve escalinata del hotel esperaban solamente cuatro personas: *monsieur* Debré, René, Nanette Bertin y un botones especializado en llevar los coches al garaje del hotel. Cerca de estas cuatro personas, pero ocultos en el interior del hotel, esperaban cuatro botones más, que deberían encargarse del equipaje de Su Alteza.

Su Alteza llegó en un «Mercedes»

220 S

de color granate, que se detuvo delante de la escalinata silenciosamente. En el acto, se apeó el hombre que había conducido el vehículo y, en los rostros de las cuatro personas que esperaban oficialmente al príncipe hubo un gesto de estupor, de asombro infinito. Medía apenas un metro setenta, llevaba los cabellos cortísimos y tiesos como alambres, vestía pantalones grises y un jersey negro a cual más viejo y usado, calzaba unos zapatones

deportivos y era feo, musculado, ancho y fuerte como un gorila, hasta el punto de que la primera pregunta que suscitaba era; ¿cómo podían caber los hombros de aquel sujeto en el interior de un coche?

El estupor, el asombro y también la decepción, duraron muy poco. El gorila rodeó el coche por delante y abrió la portezuela derecha delantera. Entonces, se apeó el hombre que había estado ocupando el asiento contiguo al volante. Entonces, la cosa cambió. ¡Vaya si cambió!

Con una elegancia de gestos y de atuendo que dejó sobrecogido al exigente y puntilloso *monsieur* Debré, apareció quien todos comprendieron que debía ser el príncipe. Medía metro ochenta y dos. Vestía un impecable atuendo deportivo, con pañuelo negro de seda al cuello. Era casi rubio, de ojos claros, rostro correcto y serio, quemado por el sol (lógico, si venía de Torremolinos), facciones tan bellas y viriles que el corazón de Nanette dio un quintuple salto mortal. Para *monsieur* Debré quedó bien claro inmediatamente, sin la menor duda, que aquel hombre era uno de esos auténticos y deseados V.I.P. (*Very Important Person*), esto es, una persona muy importante, que todos los hoteles importantes ansían alojar. ¡Ah, qué felicidad la de *monsieur* Debré!

Su Alteza se acercó a la escalinata, mirando como si no viese a las cuatro personas; pero debía tener un instinto muy fino, porque finalmente su mirada se posó en *monsieur* Debré «casi viéndolo».

Entonces, *monsieur* Debré tuvo que dar un codazo a Nanette Bertin, que estaba como viajando hacia el cielo cabalgando en nubes de color rosa. La bellísima Nanette dio un respingo, miró a Debré, volvió a respingar, sofocándose.

—Oh, sí... Sí... Alteza —empezó en ruso—, la dirección del hotel desea transmitirle sus respetos y su satisfacción por lo mucho que nos ha honrado eligiendo esta casa para su estancia en Niza. Sea bienvenido.

Alexei Rachmaninoff miró a la muchacha, «viéndola». Miró sus ojos, no cometió la incorrección de pésimo gusto de examinarla de arriba abajo. No sonrió, pero se mostró sumamente amable.

—Transmita a la dirección del hotel —habló también en impecable ruso— mi agradecimiento por su simpática acogida. Transmita también mi aquiescencia a hablar en francés.

Nanette Bertin tradujo la respuesta del príncipe. *Monsieur* Debré se sintió felicísimo de poder conversar en su idioma. Naturalmente, conocía tres idiomas más, pero no el ruso, ciertamente. Hablar en francés, con toda lógica, era para él su arma fuerte. Lanzó una breve perorata, muy seria y digna, y señaló hacia el interior del hotel. Mientras tanto, el botones especializado conducía ya el coche hacia el garaje, y los cuatro botones que habían descargado cuatro maletas, trotaban ya hacia el ascensor de servicio. El jefe de la conserjería, el buen René, fue presentado, así como *mademoiselle* Bertin, que estarían en todo momento a disposición de Su Alteza.

—... Y naturalmente, Alteza, yo soy el primero en estar a su disposición permanentemente.

—Muchas gracias.

—Por aquí, por favor, Alteza.

La comitiva entró en el lujoso vestíbulo. René se quedó en la conserjería; Nanette, que parecía fascinada, se quedó delante del *comptoir*, con la boquita todavía entreabierta. ¡Qué hombre...! ¡Qué magníficos treinta años de hombre, *bon Dieu*!

Casi respingó al darse cuenta de que, junto a ella, estaba el gorila, esto es, el chófer de Su Alteza. Cuando le miró, el gorila sonrió simpatiquísimamente y dijo, en perfectísimo español:

—¡Tía buena!

Y dejando de nuevo sofocada a Nanette, no por mojigatería ni mucho menos, sino de asombro, el gorila corrió balanceando sus increíbles hombros hacia el ascensor, que estaba detenido, esperándole.

—¿Ocurre algo, Kovenko? —preguntó en ruso el príncipe.

—Nada especial, Alteza —habló también en ruso el gorila—. Le he dicho a la traductora que es una tía buena.

—¿En ruso?

—¡En español, Alteza! En ruso no tendría gracia.

—Estoy de acuerdo contigo.

—¿En qué, Alteza?

—En que en ruso no tendría gracia.

—Gracias, Alteza. Me permito recordar a Su Alteza que este hombrecillo está esperando para llevamos a la *suite*.

Alexei Rachmaninoff asintió con la cabeza, y miró a *monsieur* Debré.

—Cuando guste, *monsieur*, podemos subir —habló ahora en francés—. Por cierto, debo presentarle a mi criado personal, Anton Kovenko, con el cual espero que todo el personal del hotel tendrá exactamente las mismas atenciones que conmigo.

—Naturalmente, Alteza —asintió Debré.

El ascensor subía ya. *Monsieur* Debré, mirando a Kovenko, tenía la estremecedora sensación de hallarse encerrado en una jaula con un gorila. También era puro milagro que los hombros de Kovenko cupieran en un simple ascensor. Tan sólo de imaginar la potencia muscular que había en aquel cuerpo era para estremecerse. ¡Qué diferencia con el príncipe...! Éste era esbelto y elegante, sus manos bronceadas eran finas, de artista; y qué suavidad en sus gestos, qué elegancia en sus modales...

Su Alteza fue instalado en la *suite* 504, donde ya esperaba su equipaje. La propina para los botones y el resto del personal que serviría al príncipe fue generosa, pero no desmesurada, lo que habría evidenciado una falta de clase.

—Almorzaremos aquí —dijo el príncipe.

—Como desee, Alteza. Le enviaré la carta inmediatamente.

—No hace falta —intervino Kovenko—. Queremos *bouillabaisse nicoise, loup grillé att fenouil, langouste grillée, poulet de Brese á ita crème... Vins de les Ars y Bellet*. Para tres.

Monsieur Debré estaba aterrado, pero, al oír «para tres» se tranquilizó.

—¿Esperan a alguien más?

—No. Es que yo como siempre doble, *monsieur*. Usted no se preocupe y traiga todo eso. Su Alteza y yo nos las arreglaremos, como siempre.

—Sí, por supuesto...

Monsieur Debré expuso todavía unas cuantas cortesías, y se retiró.

—Echaré un vistazo —dijo Kovenko.

—Muy bien.

Alexei Rachmaninoff se sentó en el sofá de delicado diseño del saloncito, sacó un paquete de cigarrillos habanos españoles, y encendió uno, quedando acto seguido muy pensativo. Kovenko fue a sentarse en uno de los sillones, frente a él, cinco minutos más tarde, y le colocó delante el cenicero.

—Es un buen sitio, Alexei. Estaremos bien aquí. Al menos, a mí me gusta. Ya ti también, supongo.

—¿Qué has visto?

—Además del salón hay dos cuartos de baño, dos dormitorios, y una gran terraza. Desde la terraza se ven los jardines de Alberto I, y el mar. Todo es moderno, y cabe esperar que funcione bien. Hombre, dame un cigarrillo.

Alexei se puso en pie, tiró el paquete de cigarrillos a las manazas de Kovenko, y dijo:

—Voy a bañarme.

—¿Cuándo empezaremos a «trabajar»?

—Tranquilo, Anton: todo llega en la vida. Y puesto que sólo tienes cuarenta años, puedes esperar.

—Esperar... ¿qué?

—Lo que sea.

Su Alteza desapareció, y Kovenko se quedó fumando, pensando en la traductora del hotel. ¡Vaya perla! Era tan alta como él, pero tan delicada, tan dulce, tan bella...

—Y nada de complicarte la vida con chicas —reapareció el príncipe en el salón, cubierto con un *slip*.

—¡Hombreeee...!

—Lo dicho.

Kovenko no estaba impresionado. Pero, por ejemplo Nanette Bertin se habría caído de espaldas si hubiese visto de aquella guisa a Alexei Rachmaninoff. Y no por la desnudez en sí, sino por la sorpresa que le habría deparado aquel cuerpo que parecía tan fino y esbelto, y que, en realidad, rebosaba finos músculos por todas partes. Los más fuertes músculos: esos planos, como láminas de acero que vibran al menor movimiento, destacando como esculpidos en el cuerpo. Los músculos que sólo tienen los que empiezan a practicar el atletismo en cuanto las piernas pueden sostenerle adecuadamente.

—Está bien —se resignó Kovenko—: nada de complicarme la vida con chicas.

—No lo olvides: las mujeres, Anton, sólo traen complicaciones. Y si lo dudas, ahí tienes a la baronesa Thiérs-Chateau, por ejemplo.

CAPÍTULO II

Alteza...

Alexei Rachmaninoff alzó la cabeza vivamente. Y acto seguido se puso en pie, dejando sobre el brazo del sillón el periódico que había estado leyendo. Ante él, una de las mesitas más apartadas del bar del hotel. Eran las seis y cinco de la tarde. La hora de tomarse un *whisky*.

O de iniciar la *soirée* con una bella dama como la que estaba al otro lado de la mesita, obsequiándole con una encantadora sonrisa.

—Espero —dijo la encantadora propietaria de la encantadora sonrisa— que sabrá disculpar mi atrevimiento, Alteza. Soy la baronesa Amelie Thiérs-Chateau.

Alexei inclinó la cabeza, con elegante gesto.

—Es un placer, baronesa. Yo soy...

—Por favor... ¡Naturalmente que sé quién es! Pese a las medidas tomadas por el buen Louis, todos en el hotel sabemos que está con nosotros Su Alteza el príncipe Alexei Rachmaninoff. Espero no estar molestándole.

—De ninguna manera. Por favor, siéntese —señaló Alexei otro sillón—. Sólo estaba leyendo el periódico; actividad que las más de las veces resulta aburrida, por la monotonía de las noticias. De todos modos, siempre hay algo interesante. Por ejemplo, la subasta del conde de Trevigny.

—Ah, sí. Va a ser un pequeño acontecimiento, supongo.

—¿Conoce usted al conde?

—Por supuesto. No lo tome como un reproche, Alteza, pero cualquiera que esté integrado en la *jet society* conoce al conde de Trevigny.

—¿Por qué habría de ser un reproche? —se sorprendió el

príncipe.

—Por el hecho de que Su Alteza nos priva a la *jet society* de su interesante compañía.

—Ya... ¿Desea tomar algo? ¿Champaña, quizá?

—Tomaré un cóctel de champaña, sí. Es usted muy amable... aunque un taño insociable, ¿verdad?

Alexei alzó las cejas. Luego, llamó a un camarero, y le pidió un cóctel de champaña para la baronesa. Después de esto, encendió un cigarrillo, tras ofrecer a la baronesa, que lo aceptó con cierto recelo. La primera bocanada de humo ya la hizo toser, y tras mirar con espanto el cigarrillo, estuvo bien claro que lo iba a dejar consumir entre sus finísimos deditos aristocráticos.

—¿Insociable? —prosiguió como si tal cosa la conversación el príncipe—. Bueno, baronesa, no sé qué valor le da usted a mi... titulación de príncipe. Es algo ya viejo, que incluso mi padre olvidó durante los últimos años de su vida.

—Sin embargo, usted utiliza el título.

Alexei sonrió astutamente.

—Sólo cuando quiero conseguir el mejor alojamiento del lugar que voy a visitar. Por lo demás, procuro llevar una vida sencilla y discreta, dedicado a mis negocios. A decir verdad, no me atrae mucho participar en las... diversiones de la *jet society*. Lo cual no quiere decir que sea insociable, como usted está comprobando.

—Así es —casi rió Amelie—. ¿Y cuáles son sus negocios, Alteza?

—Ante todo, por favor, nada de Alteza. Ya estoy aquí, no hace falta seguir aireando el viejo e inútil título de mis antepasados. ¿Se sentirá violenta si me llama simplemente Alexei?

—Tan violento como se sienta usted llamándome Amelie.

El príncipe Rachmaninoff asintió, sonriente.

—Pues bien, Amelie, mis negocios... Oh, ¿qué importan mis negocios? En realidad son tantos que no puede decirse que me dedique a nada determinado. Podríamos hablar mejor de pasiones.

—¿Por qué no? —entornó los ojos Amelie—. ¿Cuáles son sus pasiones, Alexei?

—En realidad, sólo tengo una: el arte.

—Ah, el arte... Sí, ahora comprendo que esté usted interesado en la subasta de Gastón... quiero decir, de Gastón de Trevigny.

—Su Excelencia el conde —sonrió irónicamente Alexei—. Al

parecer, las cosas no le van muy bien, cuando ha decidido vender en subasta toda su colección de obras de arte.

—Es obvio que Gastón está en apuros, desde luego... Pero podrá salir adelante.

—No lo he dudado un momento —Alexei tomó el periódico, y echó un vistazo al artículo que había estado leyendo—. Según dice el periódico, el valor total de esas obras de arte es de unos diez millones de francos nuevos. Suficiente para salir a flote, claro está.

—Es una cantidad aceptable. Espero que Gastón se arregle con ella. Alt... Perdón —sonrió deliciosamente Amelie—. Alexei, estoy empezando a sospechar que su presencia en Niza está fundamentada en esa subasta. ¿Me equivoco?

—Bueno... Francamente, ya que estoy aquí, es posible que me interese por la adquisición de alguna de esas obras... Sí, es muy posible.

—¡Oh, vamos! —rió Amelie—, ¿No confía en mí, Alexei?

Rachmaninoff vaciló un instante, mirando con simpática circunspección a la baronesa.

—Está bien —acabó por sonreír—: en efecto, el motivo de mi viaje a Niza es acudir a esa subasta del conde de Trevigny. Pero es una subasta... especial. Digamos tan privada y privilegiada que no podrá asistir a ella quien quiera, sino quien pueda. Tengo entendido que el conde ha enviado invitaciones personales.

—Y usted, claro, debido a su aislamiento no ha recibido ninguna invitación.

—No. Y no me parece muy correcto presentarme de buenas a primeras en la villa del conde en Mont Boron. Por lo que entiendo, unos se ayudan a otros: en esta ocasión, es el conde de Trevigny quien está en apuros, así que los personajes de la élite europea acudirán a su invitación, cada uno comprará algo en la subasta, y aquí no ha pasado nada. Cada uno tendrá una obra de arte más, y, entre todos, habrán aliviado la precaria situación del conde.

—¿No le parece bien?

—Al contrario: me parece perfecto. Es una manera digna de salir de una situación apurada. Mucho más digna, claro está, que dedicarse a dar sablazos a los amigos.

—En efecto. ¿Se interesa usted por alguna obra en especial, Alexei?

—De momento sólo estoy interesado en encontrar un medio digamos... pulcro de obtener una invitación a la subasta.

—Soy una buena amiga personal de los Trevigny —sonrió de nuevo Amelie—. Y demostraría serlo en verdad si les proporcionase un comprador de sus posibilidades. Al mismo tiempo, seguramente me ganaría una buena parte de su aprecio si le consiguiese a usted esa invitación.

—¿Puede hacerlo? —se animó Alexei.

—Naturalmente. Gastón está preparando la exposición en el salón de su villa, y yo había pensado visitarlo mañana, en privado; una visita amistosa, simplemente.

—Claro. ¿Y no podría visitarlo esta tarde, Amelie?

—Bueno... Esta tarde no pensaba utilizar el coche, así que he dado permiso a mi chófer... Claro, puedo pedir un taxi...

—De ninguna manera. Mi coche está a su disposición. Anton la llevará allá con mucho gusto.

—¿Anton?

—Anton Kovenko: mi criado.

—Oh, sí... Ése... hombre tan peculiar. Seguramente le voy a sorprender a usted, Alexei, pero su criado me da un poco de miedo.

—¿Miedo Kovenko? ¡Pero si es el ser más inofensivo del mundo!

—No lo pongo en duda, pero... No sé: me sentiría muy intranquila a solas dentro de un coche con ese hombre.

—Vaya, sí que es un contratiempo... Quizá no debería atreverme ni a sugerirlo, Amelie, pero... ¿estaría mal que yo la acompañase? Quiero decir que presentarme en la villa sin ser anunciado...

Amelie Thiérs-Chateau se echó a reír.

—¡Qué interesante es usted, Alexei! Todas esas viejas formas ya están superadas, amigo mío. Tengo la certeza de que Gastón se alegrará de recibirlo, aun sin haber sido anunciado previamente.

—Si usted lo dice... Bien, cuando le parezca oportuno podemos ir allá.

—¿Por qué no ahora? —se puso en pie Amelie.

Alexei Rachmaninoff la imitó rápidamente. Salieron del bar, y cruzaron el vestíbulo hacia la salida. En la puerta, Nanette Bertin terminaba de conversar con un matrimonio inglés, de edad avanzada. Al ver a Alexei se quedó mirándolo fijamente, inmóvil junto a la salida. Alexei frunció el ceño, y pareció dispuesto a

detenerse, pero siguió caminando. Al pasar junto a la muchacha se limitó a mirarla un instante, con condescendiente gesto que indicaba que la recordaba de algo. Por su parte, Nanette se sonrojó de nuevo, esta vez debido a la ira. ¡El muy estúpido orgulloso...! ¿Quién se había creído que era? Bueno, era un príncipe, pero... ¿y qué? ¿Tanto trabajo representa para un príncipe decir «buenas tardes, señorita Bertin», o algo parecido?

Afuera estaba esperando Kovenko, fumando un cigarrillo y apoyado en una mimosa. Al ver a Alexei con la baronesa se irguió, vaciló un instante, como sorprendido, y luego se dirigió a la entrada del garaje... mientras un chófer pulcramente uniformado, al ver a la pareja se metía en un reluciente automóvil, y lo conducía hasta el pie de la escalinata. Bajó apresuradamente, se quitó la gorra, y abrió la portezuela derecha de atrás, alzando la barbilla.

—Ah, Pierre —se «sorprendió» la baronesa—, ¿está usted aquí?

El hombre volvió su rostro asombrado hacia Amelie.

—Naturalmente, baronesa.

—Pero, hombre de Dios, ¿no le dije que podía tomarse la tarde libre? ¿Lo ha olvidado?

Alexei Rachmaninoff asistía impávido a la escena. Impávido en apariencia, pero sonriendo por dentro. Por supuesto, un chófer que prestaba servicios a una baronesa debía saber muy bien cómo salir de aquella situación inesperada.

Y Pierre, en efecto, supo hacerlo; borrando toda sorpresa de su rostro, frunció el ceño, con gesto meditabundo.

—Es cierto —admitió—. ¿Cómo he podido olvidarlo? Pido disculpas. Ahora recuerdo que la baronesa me dio permiso hasta las... hasta las...

—No lo necesitaré hasta mañana, Pierre.

—Muy bien, señora baronesa.

Muy dignamente, Pierre volvió al volante del coche, y lo llevó al garaje, dando la vuelta a la florida rotonda. Mientras él bajaba la rampa, aparecía el «Mercedes» 220 S de Alexei Rachmaninoff, que fue a detenerse ante la escalinata. Kovenko se apeó, lanzó una mirada a su patrón, y metió la mano dentro del coche; sacó una gorra mugrienta, se la puso, y fue a abrir la portezuela derecha de atrás, momento que aprovechó para quitarse la gorra.

Ya acomodados los tres en el coche, Kovenko volvió la cabeza

hacia el asiento de atrás, donde estaban Alexei y Amelie.

—¿Adónde, Alteza?

—A Mont Boron.

—¿A la villa del conde Trevigny, Alteza?

—En efecto.

Por el camino, el príncipe y la baronesa se dedicaron a una charla convencional, aceptando él con exquisita cortesía las alusiones, si bien un observador perspicaz se habría dado cuenta de que tales personajes no le interesaban ni poco ni mucho, y sí en cambio le interesaba muchísimo cuáles y cuántas obras de arte serían puestas a la venta.

La villa era, por supuesto, una hermosa mansión blanca, rodeada de un gran jardín con abundancia de flores y árboles. Un sendero de conglomerado asfáltico conducía a la casa, en cuya fachada había una hermosa columnata blanca. Y por el jardín, se veían algunos hombres deambulando de un lado para otro, que llamaron la atención del príncipe.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó—. No parecen criados.

—Gastón ha hecho traer sus obras de arte de sus diferentes casas en Europa —explicó la baronesa—, y, evidentemente, está un poco asustado. Cada una de ellas vale la pena de ser robada: todas juntas es una tentación demasiado grande. Así que ha decidido contratar un servicio especial de vigilancia. Y, claro está, habrán dispuesto una alarma en la casa.

—¿Qué me dice? —Alexei estaba asombradísimo—. ¿Realmente teme que alguien quiera robar sus obras?

Amelie Thiérs-Chateau se echó a reír de aquel modo tan absolutamente delicioso.

—Se ve bien clara su desconexión con las cosas vulgares del mundo, Alexei —exclamó—. ¿No se ha enterado de que últimamente se están produciendo muchos robos parecidos en las mansiones de la aristocracia europea? Son ya cuatro los grandes robos que se han llevado a cabo en menos de ocho meses.

—¡Increíble! —exclamó Su Alteza—. ¡Increíble...! Y este temor del conde... ¿debo entender que es debido a que la policía no ha conseguido capturar a los ladrones?

—Exactamente.

—Asombroso. Oh, bien, espero que el buen conde no sea la siguiente víctima de esos ladrones. Sería fatal para él, ¿verdad?

—La ruina absoluta.

—Espantoso, espantoso...

El conde de Trevigny recibió muy cordialmente a Amelie Thiérs-Chateau, y extendió su amabilidad al interesante personaje que la acompañaba. Los recibió en su gabinete privado, les ofreció coñac, que cambió por champaña cuando Alexei Rachmaninoff le indicó que la baronesa había tomado ya champaña en el hotel, y, desde el primer momento se mostró realmente encantado de que Su Alteza tuviese deseos de asistir a la subasta, facilitándole en el acto una invitación.

—Muchísimas gracias —se la guardó Alexei—. Espero llegar a tiempo.

—¿Llegar a tiempo, Alteza? ¿Qué quiere decir?

—Bien... Amelie me ha explicado ese asunto de los últimos robos. Espero que no esté usted en la lista de esos ladrones.

—Ah... Bueno, no les temo en absoluto. Le aseguro que he sabido tomar mis precauciones, Alteza.

—¿Qué clase de precauciones? Lo pregunto —sonrió ingenuamente— porque supongo que una banda como ésa debe estar muy bien organizada. Deben ser muchos hombres hábiles y posiblemente contando con sorprendentes medios técnicos.

—Eso piensa la policía —admitió Gastón de Trevigny—. Pero si viene por aquí, van a caer en una trampa, Alteza. Por muchos hombres que sean, yo tengo más en la casa y el jardín. Pertenecen a una agencia privada de seguridad... y van armados, entre otras cosas.

—¿Otras cosas?

—Hay unos dispositivos de alarma muy sofisticados, de funcionamiento infalible.

—¿Qué clase de dispositivos? ¡Es apasionante todo esto!

—Me temo que yo no sabría explicárselo adecuadamente. Por otra parte, algunos de los sistemas escapan a mi comprensión... ¿Más champaña, Amelie?

—No, no, Gastón, gracias... Creo que no deberíamos molestarte más; estás muy ocupado.

—No es molestia, por favor. Siento que no esté en casa Monique;

le habría gustado verte.

—Oh, ya nos veremos. Mi intención era venir mañana por la tarde, pero me pareció que presentándote hoy mismo a Alexei iba a conseguir las simpatías de ambos.

—Mi simpatía la has tenido siempre —rió Trevigny; miró a Alexei todavía sonriente, un tanto malicioso—. Y no me cabe la menor duda de que Su Alteza te dispensa la suya sin gran esfuerzo.

—Naturalmente —sonrió Rachmaninoff—. Bien, pienso que Amelie tiene razón: no debemos molestarle más. Aunque...

—¿Sí?

—Me gustaría echar un vistazo previo a sus obras, conde. ¿Es posible?

—Claro que sí. Incluso le facilitaré un catálogo a todo color que he mandado imprimir. Vamos al salón.

En el salón habían más hombres, que parecían sentir un gran interés por las paredes. La aguda vista de Alexei Rachmaninoff localizó los finísimos alambres que estaban tendiendo, y, en dos puntos, las pequeñas cámaras de televisión, de circuito cerrado, evidentemente.

Gastón de Trevigny era un hombre muy amable, de unos cincuenta años, de magnífico aspecto aristocrático, con sus elegantes ropas, su rostro curtido por el sol, sus canas que parecían de auténtica plata en las sienes... Facilitó un catálogo a Alexei, que se lo guardó sin dejar de mirar alrededor. Había muchos cuadros colgados en las paredes, pero cubiertos por telas blancas. En el centro del salón había una gran mesa llena de objetos de arte diversos, algunos de ellos todavía dentro de sus embalajes: jarrones, estatuillas, cofres artesonados, porcelanas chinas y de Sévres... A la derecha de la entrada había una tarima forrada de terciopelo negro donde serían colocados estos objetos, y al lado, ya preparada la mesa para el subastador.

—Me imagino —dijo Alexei— que en estos momentos su salón debe ser uno de los más caros del mundo, conde: entiendo que hay aquí dos millones de dólares en obras y objetos de arte.

—Diez millones de francos. Sí, unos dos millones de dólares, más o menos.

—Un buen bocado para una banda bien organizada. Menos mal que todas las precauciones han sido tomadas.

—Así es. De todos modos, estaré más tranquilo cuando todo esto haya sido vendido.

—Lo comprendo. Y ahora sí que dejamos de interrumpirle... Examinaré el catálogo muy cuidadosamente. Espero que la subasta resulte interesante... y muy beneficiosa para usted.

—De todos modos, será dolorosa —murmuró de Trevigny.

—Es natural.

El conde los acompañó hasta el coche, donde estrechó la mano de Alexei y besó la de Amelie, tras dirigir una mirada de sorpresa a Anton Kovenko. El cual, tras cerrar la portezuela, se puso al volante y emprendió el regreso a Niza, ya anocheciendo. Durante un par de minutos viajaron en silencio. De pronto, Alexei dijo:

—¿Kovenko?

—¿Alteza?

—Para aquí mismo.

—Sí, Alteza.

El «Mercedes» se detuvo suavemente a la derecha de la carretera, un poco fuera, sobre el arcén de tierra. Alexei miró sonriente a la sorprendida baronesa.

—Me estaba preguntando cómo podría agradecerle lo que ha hecho por mí, Amelie...

—¡Oh, vamos, Alexei...!

—...Y no encontraba respuesta. De pronto, la he encontrado. Ciertamente, podría enviarle un ramo de flores, pero eso sería vulgar; más vulgar aún sería regalarle cualquier pequeña joya como recuerdo; invitarla a cenar, es algo que ya tenía premeditado, y, sin duda, será más placer para mí que para usted, pues no soy precisamente un hombre divertido... Y de pronto, ¡la solución! —señaló ladera arriba—. ¿Ve esas pequeñas y hermosas florecillas silvestres, Amelie?

—Sí... Sí, desde luego —miró ella.

—Pues voy a traerle unas cuantas. Las cortaré con mis propias manos, después de la escalada: es un pequeño riesgo que voy a permitirme correr en su honor.

Por un instante, Amelie quedó estupefacta. Miró de nuevo hacia la ladera. Había pinos, algunos arbustos, y, en efecto, florecillas pequeñas de blancos pétalos.

—Qué ocurrencia —murmuró por fin—. De todos modos,

francamente, la escalada no me parece demasiado difícil.

—¿Lo cree así? —se decepcionó Rachmaninoff.

—Se lo demostraré subiendo con usted.

Salió rápidamente del coche. Las miradas de Kovenko y Su Alteza se cruzaron por medio del retrovisor, y ambos hombres guiñaron un ojo. Acto seguido, Alexei salió del coche, y se acercó a Amelie protestando por su peligrosa decisión de escalar la ladera. Ella se limitó a reír, le tendió la mano, y ambos emprendieron la escalada, que, en verdad, era de lo más inofensiva. Por detrás de la pequeña colina llena de pinos se ponía el sol, dejando un rastro rojo en el cielo, y unas sombras moradas en aquel lado de la colina...

—Por favor, por favor —suplicó el príncipe—: permítame que sea solamente yo quien arranque estas florecillas, Amelie... ¿No le gustaría sentarse aquí, mientras tanto?

—Creo que me encantaría —rió ella.

Alexei Rachmaninoff la sostuvo de las manos mientras lo hacía. Luego, muy seriamente, se dedicó a recoger florecillas, con las que hizo un pequeño y bonito ramillete. Se sentó junto a Amelie, y se las ofreció con auténtico gesto principesco.

—¡Voilà! Bellas y delicadas flores como muestra de agradecimiento y simpatía.

—Yo creía —murmuró Amelie— que las flores eran más bien mensajeras de amor que de agradecimiento, Alexei.

Su Alteza se quedó mirándola unos segundos. Luego, retiró una de las florecillas, y miró los largos y brillantes cabellos castaños de la baronesa, que parecían llenos de diminutas estrellitas. Colocó la flor entre los cabellos, y luego deslizó la mano por el rostro, el cuello y el hombro desnudo de Amelie. Olía a campo y a mar. Frente a ellos, lejos, se veían ya las luces de algunas embarcaciones en la Baie des Anges. Amelie Thiérs-Chateau se estremeció.

—¿Tiene frío? —susurró Alexei.

—He... he debido traerme un chal, pero no... no previne esto... De todos modos, lo que siento no es... no es propiamente frío, Alexei.

Alexei Rachmaninoff deslizó su mano más abajo del hombro. La piel era finísima; como seda tibia. Amelie volvió a estremecerse, y cerró los ojos, mientras sus labios se abrían apenas, con un leve temblor.

Un segundo después, Alexei Rachmaninoff tenía el ramillete de flores silvestres en el cogote, llevado allí por la mano de la baronesa, a la que se unió la otra, en cálido abrazo. En la boca del ruso, la de Amelie Thiérs-Chateau fue como un pedacito de hielo bajo el sol. El beso no fue para la baronesa un estallido súbito, sino una lenta explosión que pareció ir recorriendo todo su hermoso cuerpo... mientras Alexei Rachmaninoff se iba tendiendo sobre la tierra, llevándola consigo.

Cuando Amelie abrió los ojos, las primeras estrellas se reflejaron en ellos... hasta que la cabeza de Alexei las ocultó. El segundo beso comenzó a producir en la baronesa una terrible laxitud, la abandonaban las fuerzas, viajaba blanda y dulcemente por un mundo de ensueños... Abrió los ojos de pronto, y susurró:

—Alexei... Por favor, Alexei... Por favor, vámonos. ¡Por favor, por favor, por favor!

Su Alteza el príncipe Rachmaninoff la besó en lo más profundo del escote, y murmuró:

—Sí. Creo que será lo mejor, Amelie.

CAPÍTULO III

Pues yo de ti —aseguró Kovenko—, hubiese seguido adelante, ¡qué demonios! A fin de cuentas, fue ella la que quiso subir contigo a por las flores, ¿no?

—Nunca hay que forzar los acontecimientos, Anton.

—¡Pero qué forzar ni qué...! ¡Me apuesto el bigote a que ella lo estaba deseando más que tú!

—Apuesta fácil —rió Alexei—, puesto que no llevas bigote.

—Tú me entiendes. Además, ¿no quedamos que nada de complicarnos la vida con chicas?

—Hombre, tú sabes que esto es diferente, Anton...

—¿Diferente? ¿Vas a decirme que esa joya no es una chica? ¡Mi madre, y qué chica...! ¡Es un bombonazo de...!

La llamada a la puerta de la *suite* lo interrumpió. Alexei señaló hacia allí.

—Ve a abrir: ahí llega otro bombonazo.

Kovenko abrió la puerta, y Nanette Bertin quedó visible en el umbral. Su mirada localizó enseguida a Alexei, que estaba sentado en uno de los silloncitos, pero que se puso en pie en el acto, sonriendo cordialísimamente.

—Ah, señorita Bertin, pase, pase, por favor. Siéntese...

—Gracias.

Nanette se sentó, y se quedó mirándose sus lindos zapatitos de trescientos francos. Cuando alzó la mirada, extrañada de tanto silencio, se encontró con las miradas de los dos hombres fijas en ella.

—Usted dirá, Alteza.

—Me estaba preguntando, señorita Bertin, si realmente puedo confiar en usted.

—Por supuesto —se sorprendió ella—. Mi labor en el hotel consiste en...

—No, no, no. Lo que voy a pedirle no tiene nada que ver con su labor específica en el hotel. Se trata de un favor personal.

—¿Un... favor personal?

—Así es. Veamos... En un hotel tan grande como éste, debe haber sin duda un medio para entrar y salir de él sin ser visto, ¿no es así? Podría enviar a Anton a darse un paseo por la planta baja del edificio, y acabaría por encontrar ese medio. Pero ello tiene algunos inconvenientes. Por ejemplo, los... merodeos de Anton llamarían la atención, y, por otro lado, quizá no encontrase la salida más idónea. En cambio, usted, que lleva tiempo trabajando aquí, podrá indicarme cuál es la mejor salida discreta. ¿Me equivoco?

—¿Quiere usted poder salir y entrar al hotel sin ser visto?

—Digamos sin llamar la atención. Ya sabe lo que pasa en hoteles como éstos. Parece que cada cual vive su vida pero en realidad, todos estamos pendientes unos de otros. Considerando que quisiera a toda costa conservar mi independencia y mi incógnito, una salida discreta me favorecería mucho. Es una costumbre que tengo hace ya tiempo. Supongo que habrá conocido usted casos parecidos.

—Sí, en efecto... Pero ¿por qué recurre a mí? *Monsieur* Debré podría facilitarle...

—Mí querida señorita Bertin: los directores de hotel de la categoría de *monsieur* Debré son tan, tan, tan solícitos, que casi siempre se pasan, y lo que debería ser discreción no siempre termina así, pese a su innegable buena voluntad. No. Yo prefiero confiar en una persona inteligente y discreta como usted.

—Su Alteza me hace mucho favor.

—Nada de eso: sólo justicia, estoy seguro. ¿Y bien? ¿Puede usted ayudarme, señorita Bertin?

—Sí, claro... Bueno, necesitaría algo para dibujarle un plano...

—¿Anton? —lo miró Alexei.

—Enseguida, Alteza.

La señorita Bertin fue provista de papel y bolígrafo. Anton acercó una mesita, y desapareció hacia los dormitorios. Alexei se sentó en el brazo del sillón que ocupaba Nanette, la cual inició sus explicaciones, que fue acompañando de planos esquemáticos de la planta baja del hotel. Alexei iba asintiendo, y haciendo algunas

preguntas. Por fin, se dio por satisfecho.

—Magnífico, señorita Bertin. Y muchísimas gracias. Naturalmente, esto queda entre usted y yo. ¿Confío en ello?

—Sin duda alguna, Alteza.

—Un secreto entre los dos —sonrió el príncipe—. Eso casi es emocionante. ¿Cómo podría corresponder a su amabilidad y discreción?

Nanette Bertin abrió la preciosa boquita de labios sonrosados, frescos, tiernos. Pero supo contenerse. ¿Cómo iba a pedirle así, llanamente, a un príncipe, que le mostrase las nalgas...? Luego, algo pasó que dejó su mente en blanco. Estuvo así, vacía de todo pensamiento, durante unos segundos, antes de, poco a poco, ir recuperando el funcionamiento normal de su cerebro.

¿Estaba soñando... o realmente el príncipe Rachmaninoff la estaba besando en los labios? ¿Estaba soñando, o realmente el príncipe Rachmaninoff había pasado una mano por su nuca, con la otra le acariciaba la barbilla... y sus labios estaban besando los de ella, los de Nanette Bertin? ¿Estaba soñando... o realmente sentía aquella sensación de dulcísimo calor que la estaba inundando? ¿Estaba soñando, o realmente el príncipe Rachmaninoff la estaba besando de tal modo que ella se sentía como flotando en un maravilloso mundo jamás conocido? ¿Estaba soñando... o estaba loca?

Debía estar loca, porque lo seguro era que no estaba soñando.

Y de pronto, Nanette Bertin se desasíó de aquella locura.

Separó sus labios de los de Alexei, y se puso en pie bruscamente, sofocadísima por aquella dulcísima sensación que había estado a punto de llevarla a la más alta cota de felicidad.

—Pero...

pe-pero...

pero ¡¿qué hace usted?! —jadeó—. ¿Cómo se ha atrevido...? ¿Cómo es posible que...? ¡Usted no puede ser un... un...! ¡Usted es un... es un...!

Alexei Rachmaninoff, sobresaltado al primer instante, la contemplaba ahora atónito. El bien modelado busto de Nanette parecía agitado por una violentísima tempestad, su rostro estaba sofocado, sus labios temblaban...

—Señorita Bertin —se puso en pie, abandonando el brazo del

sillón—: ¡sólo he querido complacerla!

—¿Complacerme? —exclamó ella—. ¿Complacerme? ¡Usted es un cínico!

—Por favor, cálmese, cálmese —colocó Alexei sus manos ante él, como defensa—. Se lo ruego: cálmese. A decir verdad, no tenía el menor interés por besarla, ni ha sido nada que me haya gustado, pero me pareció que debía ser amable con usted, ya que usted lo ha sido conmigo.

—¡Pero qué dice usted! ¿Qué clase de amabilidad es la suya?

—Interpreté su deseo, y la besé, por complacerla. ¿Eso no es ser amable?

—¿Mi deseo? —Nanette parecía al borde del colapso—. ¡Yo no he deseado en ningún momento que me bese, «Alteza»!

—Bien... En ese caso, debí interpretarlo mal. Le ruego que me disculpe. Bueno, yo le pregunté cómo podría corresponder a su amabilidad y discreción, y usted alzó el rostro, me miró, y entreabrió los labios... Lamento muchísimo este error por mi parte, pero su actitud, su gesto... Solamente quise ser amable, de veras.

Nanette abrió la boca, estupefacta. Pero la cerró rápidamente. ¡Por Dios, el príncipe tenía razón...! Ella no había deseado el beso, pero su gesto al alzar el rostro y abrir la boquita... Suspiró profundamente.

—¿Puedo servir en algo más a Su Alteza?

—Pues no... Bueno, de verdad siento lo sucedido. Espero que esto no malogre nuestras buenas relaciones, señorita Bertin.

—Mi discreción está tan asegurada como antes, Alteza. Quizá yo haya tenido un poco de culpa...

—¡De ninguna manera! Bien mirado, la culpa es mía: soy tan fatuo que siempre creo que todas las mujeres hermosas están deseando ser besadas por mí.

—Gracias por aclarar que me considera hermosa, Alteza... ¿Puedo retirarme?

—Sí, sí —Alexei sonrió encantadoramente—. ¿Amigos?

—Supongo —sonrió Nanette— que debe ser interesante tener amistad con un príncipe ruso. Con su permiso, Alteza...

Nanette salió de la *suite*. Todavía en la puerta, Alexei Rachmaninoff le hizo una cortés inclinación de cabeza, antes de cerrar. En cuanto esto sucedió, las piernas de Nanette comenzaron a

temblar, igual que si estuviese recibiendo una descarga eléctrica en las rodillas. ¡Santo cielo, qué beso...! Se apoyó en la pared, y cerró los ojos. Casi se sentía mareada. Y desde luego, si el príncipe hubiese continuado besándola, se habría desmayado del todo... ¡Cielo santo, qué beso más aniquilador...!

Dentro de la *suite*, Su Alteza contemplaba sonriente a Kovenko, que estaba en la separación de las habitaciones, con las manos sujetando las costuras de los pantalones y tirando de ellas hacia afuera, una pierna ligeramente doblada y la otra hacia atrás, en «elegantísimo» saludo. Su cabeza estaba ladeada, sus ojos en blanco.

—Alteza —decía—, soy una hermosa y joven dama... ¿Puedo tener la esperanza de ser besada por vos algún día?

Alexei se acercó, pasó una mano tras el pescuezo de toro de Kovenko, y lo atrajo, para besarlo sonoramente en la frente.

—Complacida, bella dama. Pero no lo toméis por costumbre.

—¡Ay, príncipe, qué feliz me hacéis! ¡Voy a desmayarme en vuestros amorosos brazos! ¡Otro beso, os lo suplico! Pero en la frente, no: ¡en el morrito!

—Bueno —rió Alexei—, ya está bien de juerga, Anton.

—¿Yo de juerga? —masculló Kovenko, recuperando su normalidad—. ¡Ésta es buena! ¡Con el lote que te estás pegando, y dices que yo estoy de juerga!

—Me espera la baronesa para cenar —dijo Alexei, quitándose el batín y dejando al descubierto su pasmosa musculatura—. Anton: mi ropa.

—¡Tus narices! Y digo narices para ser delicado, ¿sabes?

—¿Te gustaría ser deportado a Siberia, Anton?

—Si me acompañaba una de esas dos preciosidades que tú estás usufructuando, ¡viva Siberia!

—Mi ropa, Anton.

—Sí, Alteza. ¿Puedo confiar en que Su Alteza acudirá a la cita que hemos convenido... o me las arreglo solo mientras Su Alteza cultiva amistades más placenteras que la mía?

—Si yo no acudiese a la cita, Anton, sabes muy bien que no sería por motivos de placer. En cuyo caso, recuérdalo bien: nada de genialidades por tu parte, límitate a poner pies en polvorosa.

Anton Kovenko quedó súbitamente serio, y asintió con su cabezota.

—Espero que todo se limite a una agradable cena, Alteza. Con el permiso de Su Alteza prepararé la ropa de Su Alteza, Alteza.

—Vete al demonio —masculló Su Alteza.

* * *

Sí, señor: todo llega en la vida. Y bienaventurados los que tienen paciencia, porque de ellos será el triunfo.

La paciencia de Nanette Bertin tuvo su pequeño triunfo: eran las dos de la madrugada cuando apareció el príncipe Rachmaninoff. Naturalmente, por el sitio que ella esperaba, aunque no sabía si sería aquella noche o cualquier otra. De todos modos, había decidido esperar allí todas las noches, bien cobijada en el interior de su

«R-12».

Si el príncipe Rachmaninoff utilizaba el discretísimo itinerario que ella le había señalado para salir del hotel sin ser visto, tenía que pasar justamente por allí para alejarse del hotel. Y por allí pasó el príncipe.

Lo vio aparecer casi con sobresalto, pues la palabra «aparecer» nunca estuvo mejor aplicada. No llegó, sino que *apareció* de pronto, como si fuese una sombra que en todo momento hubiese estado allí agazapada. Horas antes, Nanette había visto a Su Alteza en el comedor, ocupando una mesita con la baronesa Thiérs-Chateau, que lo miraba con una languidez odiosa. Sí, odiosa. Parecía derretirse ante él, entregarle la vida con la mirada... ¡La muy...! Pero, de todos modos, era muy posible que la baronesa se llevase un buen escarmiento si ella, Nanette Bertin, conseguía su objetivo. A saber: vigilar al príncipe Rachmaninoff, saber qué pretendía realmente al querer disponer de una salida discreta que ya había utilizado, y, si era posible, pues... verle las nalgas, lo cual sería la prueba concluyente respecto a la verdadera personalidad de aquel hombre.

Sí, antes lo había visto en el comedor, naturalmente, de esmoquin. Ahora no iba de esmoquin. Al menos, no llevaba nada blanco encima. Todo él era negro, como una negra sombra más.

Lo dejó pasar, esperó unos segundos, y puso el motor en marcha.

Desde la Avenue Gustave V. lugar donde había aparecido el príncipe Rachmaninoff después de cruzar los Jardines de Alberto I,

lo vio caminar hacia rue Masséna, con naturalidad; sin prisas y sin lentitud. Al llegar a rue Masséna, giró a la derecha, y pocos segundos después, Nanette asomaba cautamente el morro del coche por la esquina. Estaba convencidísima de que, fuese adonde fuere Alexei Rachmaninoff, ella podría seguirlo con su «R-12».

Cierto que había coches más veloces, por ejemplo su «Mercedes», pero ella sabía que el «Mercedes» estaba en el garaje. Y, por otra parte, de noche no era probable que nadie lanzase a toda velocidad un coche capaz de rebasar los doscientos kilómetros por hora, por ejemplo, así que...

Las previsiones de Nanette Bertin se vinieron abajo en pocos segundos.

Desde allí mismo, apenas asomaba a la esquina al volante de su coche, vio al hombre que acudió al encuentro del príncipe. Un hombre inconfundible: Kovenko. Primera sorpresa para Nanette: ¿Kovenko no estaba en el hotel? ¿Cuándo y cómo había salido?

Segunda y desagradable sorpresa: los dos hombres fueron hacia un par de motocicletas estacionadas sobre la acera. Subieron las zapatas de soporte, montaron a ellas, y sin más, sin que Nanette hubiese ni siquiera oído el rugido de los motores, ambas máquinas salieron disparadas, saltando de la acera a la calzada como arrancadas por un vendaval.

Y cuando Nanette vino a darse cuenta, no tenía ya la menor probabilidad de alcanzar la «Honda» y la «Kawasuki», que se habían desvanecido hacia el norte de la ciudad.

* * *

Ni siquiera diez minutos más tarde, las poderosas y silenciosas máquinas ascendían hacia Mont Boron, con ese elegantísimo e imperceptible zumbido de los motores de 750 cc.

Como si la cosa fuese un simple juego, las máquinas se salieron de la carretera, y ascendieron por la ladera de la suave colina llena de pinos, arbustos y florecillas silvestres. Segundos después, ya ni siquiera se oía el suave zumbido de los motores.

Alexei Rachmaninoff dejó la «Kawasuki» apoyada en uno de los

pinos, y se volvió hacia Kovenko, que dejaba la «Honda» de lado en el suelo.

—¿Revisaste el material, Anton?

—Claro,

—Bien —en la semioscuridad apareció la esfera luminosa de un reloj de pulsera—. Son las dos y diez. ¿Comprobado?

Otra esfera luminosa apareció.

—Comprobado —asintió Kovenko.

—Amanece a las cinco y veintidós minutos. Vamos a asignar los veinticinco minutos para regresar al hotel. Quince, para llegar a la villa; otros quince, para volver... Disponemos de dos horas y veinte minutos. ¿Estás seguro de que localizaste bien todas las alarmas del jardín?

—Claro. Tuve tiempo de sobra mientras vosotros charlabais con el conde.

—De acuerdo. Los paquetes.

Cada motocicleta llevaba una gran cartera cuadrada de cuero junto al sillín. De ellas, ambos sacaron un paquete envuelto en piel negra... Una bolsa con cremallera, que tenía unas presillas a lo largo. Por las presillas pasaron sus cinturones, de modo que las bolsas quedaron colgando en la cintura, al lado izquierdo. Luego, sacaron las pistolas.

—¿Revisadas también? —preguntó Alexei.

—¡Hombre...! —masculló Kovenko.

—Bien: vamos allá.

A las cuatro y dieciocho minutos, esto es, con doce minutos de adelanto sobre el horario previsto, Su Alteza y el fiel servidor Anton Kovenko regresaron al lugar donde habían dejado las motocicletas. En la oscuridad, sus rostros brillaban cubiertos de fino sudor. Kovenko se dejó caer sentado sobre la pinocha, y se pasó las manos por la cara. Refunfuñó algo, sacó un pañuelo, y se enjugó el sudor. Alexei estaba haciendo lo mismo, mientras musitaba:

—Ha sido una tensión demasiado sostenida, Anton. Será mejor que nos relajemos un poco antes de emprender el regreso.

—Sí, será mejor. Maldita sea, ha habido un momento en que creí que tendría que dispararle a uno de los vigilantes...

—Cálmate. Todo ha terminado. Lo demás será fácil.

—¿Fácil? ¡Eres el tipo más divertido que he conocido en mi

vida, Alteza!

—Tú también eres divertido —brillaron en la oscuridad los blancos dientes de Alexei Rachmaninoff—. Y ahora, cierra esa bocota durante unos minutos, ¿quieres?

Cinco o seis minutos fueron suficientes para relajar sus nervios tensos por la incursión que habían realizado. Sin más comentarios, subieron a las motocicletas, y se deslizaron a motor parado ladera abajo. Una vez en la carretera, los pusieron en marcha, y las poderosas máquinas salieron disparadas.

* * *

Enrojecidos los ojos por el sueño, Nanette Bertin, casi derrumbada sobre el volante de su coche, vio aparecer a los dos hombres, caminando hacia los Jardines de Alberto I, en dirección al hotel, al cual, sin duda alguna, entrarían por el camino que ella misma había indicado al príncipe.

Miró su relojito de pulsera: eran las cinco y diecisiete minutos de la madrugada. Todavía podría dormir unas tres horas si regresaba enseguida a su apartamento.

CAPÍTULO IV

No durmió tres horas, sino cuatro y media, porque llegó tan adormilada a su coquetón apartamento que no se acordó de poner el despertador para las ocho y media; muy normal, ya que casi nunca lo hacía, pues solía despertarse todos los días alrededor de las siete.

Y si sólo durmió cuatro horas y media fue porque poco después de las diez sonó el teléfono. Era *monsieur* Debré, que en el acto comenzó a gritarle, lo cual en modo alguno acostumbraba a hacer. Pero, al parecer, en esta ocasión tenía motivos: el príncipe Rachmaninoff había requerido los servicios de la señorita Bertin, y, ¿dónde estaba la señorita Bertin? ¡Durmiendo *Sacré!*

Nanette se disculpó atropelladamente, y aseguró que llegaría al hotel en veinte minutos. ¿Qué...? Ah, sí, que el príncipe la esperaba arriba, en el solarío-piscina. *Monsieur* Debré podía estar tranquilo: ella iría directamente a la piscina.

Colgó el teléfono, saltó de la cama, y, sin pensar siquiera en ducharse, se vistió rápidamente, se dio unos toquecitos de maquillaje no menos rápidamente y salió disparada del apartamento, en busca de su coche.

A las diez y cuarenta minutos de la mañana, sofocada por la prisa, Nanette Bertin salía del ascensor en la última planta del hotel Verdun, y accedía al solarío-piscina por la ancha escalinata que terminaba en el ático. Apenas llegar, vio al horrible sujeto de músculos de gorila, sentado, casi tumbado en una extensible bajo uno de los parasoles. Estaba en bañador. Al verla se puso en pie, haciéndole un gesto de llamada, y Nanette se acercó, aterrada ante la visión de aquel cuerpo peludo y rebosante de músculos que se mostraban con una protuberancia increíble.

—¿Dónde ha estado metida, tía buena? —le espetó Kovenko.

—Buenos días, señor Kovenko. Le agradecería a usted que fuese menos vulgar en sus expresiones de agrado hacia mi persona... si es que entiendo bien el término de «tía buena».

—Si sabe español, debe entender muy bien ese término —sonrió maliciosamente Kovenko—. Y si no sabe español, ya puede largarse, tía buena.

—Tendré que rogarle a Su Alteza que le prohíba a usted dirigirse a mí de ese modo, señor Kovenko. Por lo demás, sé español, naturalmente.

—Quiero decir, escribirlo.

—Escribirlo, sí.

—Magnífico. Su Alteza y yo lo hablamos a la perfección, pero Su Alteza tiene ciertas dudas a escribirlo correctamente, de modo que ha pensado en usted para que le escriba una carta a un amigo de Madrid, al que conocimos en la Costa del Sol. Comoquiera que usted sólo escribirá el borrador para que el príncipe escriba la carta en limpio, nos hemos procurado un bolígrafo y un simple bloc. ¿Está dispuesta?

—Yo, sí. Pero ¿dónde está el príncipe?

—En la piscina. Ahora viene —señaló Kovenko, tras poner en manos de Nanette el bloc y el bolígrafo.

Nanette se volvió a mirar hacia la piscina, justo en el momento en que Su Alteza el príncipe Rachmaninoff, apoyando las manos en el borde, se colocaba con un solo gesto agilísimo en éste. Chorreando agua que parecía cristal líquido, el bronceado cuerpo relució al sol de la mañana de un modo casi cegador. Y el bloc y el bolígrafo escaparon de las manos de Nanette Bertin al ver, sobre aquel cuerpo de atleta, el rostro de Alexei Rachmaninoff. Su boca quedó abierta en el colmo de la estupefacción y admiración. ¿Volvía a estar soñando...?

Por fortuna, la visión duró poco, porque Kovenko acudió a recibir al príncipe con un albornoz de color *whisky*, y le ayudó a ponérselo; luego, mientras Alexei llegaba ante Nanette anudándose el cordón del albornoz, Kovenko le ofreció la toalla, del mismo color. Acto seguido, Kovenko recogió el bloc y el bolígrafo, y se los tendió a la muchacha, sonriendo maliciosamente.

—Señorita Bertin, buenos días —saludó afablemente Alexei

Rachmaninoff—. Espero que se encuentre usted bien.

Nanette parpadeó, y consiguió regresar a la realidad. Pero todavía sintiéndose intimidada ante la imponente estatura de Su Alteza, y aquella apabullante complexión atlética que acababa de descubrir. Ni siquiera pensaba en la posibilidad de haber visto al menos parte de las aristocráticas nalgas.

—Sí... Sí, estoy bien, gracias, Alteza. Oh, buenos días.

—Siéntese —Alexei la imitó, ocupando otra extensible y secándose el rostro—. Me preocupó no encontrarla esta mañana en el hotel; temí que estuviese enferma.

—No, no. Es que... anoche salí con unos amigos, me retiré un poco tarde, y... me he quedado dormida. Le ruego que me disculpe.

—Bah, bah —dijo amablemente Alexei—. ¿Quién no ha perdido el avión alguna vez? Lo importante es que esté usted bien. Veamos, se trata de...

—Me he permitido explicárselo ya a la señorita Bertin, Alteza —dijo Kovenko, acercando la llama del encendedor al cigarrillo que había ofrecido segundos antes al príncipe,

—Ah, muy bien, Anton, muy bien. ¿Puede usted hacerlo, señorita Bertin?

—Espero que a su plena satisfacción, Alteza.

—Estupendo. Pues, si le parece, vamos a empezar

—Alexei fumó del cigarrillo, y quedó pensativo unos instantes, antes de empezar el dictado: —Querido Pepe: oportunamente, y con toda la discreción prevista, llegaron las dos máquinas. Gracias a los inapreciables servicios de una encantadora y bellísima empleada del hotel... ¿Le molesta que ponga esto, señorita Bertin? Lo de encantadora y bellísima, quiero decir.

—No —se sofocó ligeramente Nanette—. No, no. Su Alteza es muy amable.

—Por favooooorrr —hizo un gesto displicente Alexei—. Bien, sigamos. Mmm... Sí, esto es: gracias a los inapreciables servicios de una encantadora y bellísima empleada del hotel, conseguí, como de costumbre, conocer un itinerario para salir del hotel sin ser visto. Y, anoche mismo, cuando todo el mundo dormía, hice una escapada. Mi criado me estaba esperando con las dos máquinas, y nos fuimos a probarlas en ruta hacia La Colmiene. Volvimos ya casi de día, pero valió la pena: las dos máquinas están en perfectas condiciones,

y el estado del circuito es bueno, así que, dentro de unos días, podremos hacer los entrenamientos definitivos para la última Gran Prueba. Te espero en

Niza, pero, por favor, recuerda que debes ser discreto en tus contactos conmigo, y, sobre todo, no se te ocurra mencionar siquiera la posibilidad de que yo vaya a participar en esa competición. En fin, ya hablamos todo esto en Torremolinos, así que no quiero ponerme pesado. A la espera de abrazarte, tu amigo, Alejandro... ¿Ha podido tomarlo todo, señorita Bertin?

La señorita Bertin, que estaba aturdida, terminó de escribir, y alzó la cabeza.

—Sí, Alteza.

—Magnífico. Pues... eso es todo. Muchísimas gracias, y, naturalmente, ya habrá comprendido usted que el contenido de esta carta es otro secreto entre nosotros.

—Por supuesto, Alteza.

—Es usted en verdad encantadora. ¿No hay nada que yo pueda hacer por usted?

—Sí, Alteza. Prohíbale a su criado que vuelva a llamarme «tía buena».

Alexei Rachmaninoff miró con el ceño fruncido a

Kovenko, que puso cara de silbar y miró hacia el cielo.

—Descuide usted: no volverá a suceder. Anton: acompaña a la señorita Bertin al ascensor. Hasta la vista, señorita Bertin.

—Adiós... Adiós, Alteza.

Kovenko precedió muy dignamente a Nanette hacia la salida, y le cedió paso allí. Bajó con ella a la última planta, llamó el ascensor, Je abrió la puerta... y un instante antes de cerrarla, dijo:

—Adiós... ¡cachonda!

Regresó bajo el parasol, y se plantó delante de Alexei.

—Alteza: me permito indicar a Su Alteza que ya no llamo tía buena a la señorita Bertin.

Alexei le miró alarmado.

—¿Cómo la llamas?

—Cachonda, Alteza. Y aprovecho la ocasión para permitirme indicar también a Su Alteza que la señorita Bertin merece ambos calificativos: tiene de todo y muy bien puesto, no como algunas otras que parecen espinas de sardinas.

—¿Por ejemplo? —rió Alexei.

—Por ejemplo, la señora baronesa.

—No creo que tarde en llegar —murmuró Alexei; estuvo unos segundos pensativo, contemplando lo escrito en la página del bloc —, ¿Crees que la señorita Bertin se ha tragado esto?

—Yo diría que sí. Por lo tanto, ya no estará por las noches espiándonos.

—¿Estás seguro de que era ella la que estaba en aquel coche?

—Hombre, claro —masculló Kovenko—. ¿Me necesita para algo Su Alteza?

—No.

—Pues voy a darme un chapuzón. Hasta luego, tú.

Kovenko se dio el chapuzón, para disgusto de algunos de los clientes del hotel presentes en el solarío, que no parecían considerar adecuado el democrático comportamiento del príncipe Rachmaninoff. Y eso, sin escuchar las conversaciones entre amo y criado...

Amelie Thiérs-Chateau apareció a las once y cuarto, ataviada con un espectacular albornoz, que sólo se quitó cuando hubo conseguido la expectación general. No era cierto en modo alguno que pareciese una espina de sardina. Alexei, que la había ayudado muy gentilmente a desprenderse del albornoz, pudo ver su recta y mullida espalda, y cuando se volvió, su perfecta anatomía frontal, que el bikini negro permitía admirar ampliamente.

—Admirable —susurró Alexei—. Dudo mucho que el conde pueda ofrecernos una sola escultura más perfecta que su cuerpo, Amelie.

—Es un maravilloso modo de comenzar el día, Alexei —rió ella—. Muchas gracias. Y a propósito del conde: Monique me ha llamado hace unos minutos; por eso me he retrasado.

—¿Monique...? Ah, sí: la esposa del conde, ¿no es así?

—Sí. Quiere que vaya esta noche a su fiesta, naturalmente.

Alexei Rachmaninoff alzó las cejas, sorprendido.

—¿Una fiesta esta noche?

—De despedida. Mañana por la mañana terminarán la instalación para la subasta, y entonces, los de Trevigny van a estar muy tristes. La subasta será a las siete de la tarde. Inmediatamente, sin despedirse de nadie, ellos se irán, una temporada. Pero, claro

está, su tristeza no es motivo para que sean descortesés con sus amigos, así que se despedirán esta noche, con una bonita fiesta.

—Comprendo su actitud —asintió Alexei—. A mí me dolería muchísimo desprenderme de mi colección. ¿De modo que la subasta es mañana a las siete de la tarde?

—Sí. Pero la fiesta es esta noche.

—Imagino que será una fiesta muy agradable.

—Oh, vamos, Alexei —rió de nuevo Amelie—, ¿estás deseando que te pida que vengas conmigo, dime la verdad!

—Pues sí —admitió Su Alteza, sonriendo, y tomando una mano de la baronesa—, pero no me atrevía. Sin embargo, después de tu tuteo, tengo la impresión de que puedo formularle peticiones.

—Las que quieras —susurró Amelie, entornando los ojos—. Y si he de ser sincera, anoche me llevé una gran decepción.

—¿Por mi culpa? —se alarmó Alexei—. ¿Acaso fui antipático, o incorrecto, o aburrido, o...?

—La palabra adecuada quizá sea antipático. ¿No se te ocurrió que después de lo agradablemente que lo pasamos cenando juntos, yo podría haber deseado... alargar un poco la velada en mi *suite*? La verdad es que te esperaba, estaba convencida de que te presentarías muy discretamente, con una botella de champaña.

—Amelie, cuánto lo siento...

—Te estuve esperando hasta la una —bajó Amelie los párpados—. Con mi mejor *deshabillé* y notando con tanta fuerza los latidos del corazón que creí que me iba a morir. No sé si puedes encontrarle un significado a esto, Alexei.

—Creo preferible explicártelo esta noche, mi amor. ¿Cómo he podido ser tan torpe? Pero no podía imaginar...

—Te amé en cuanto te vi —Amelie le apretó la mano—. Estaba en el vestíbulo cuando llegaste al hotel... pero tú no me viste a mí. Parecías no ver a nadie, Alexei. Cuando te vi tan... ¡Oh, por Dios, qué inoportunidad, ahí llegan Roland y los otros!

Roland y los otros, eran unos amigos de la baronesa, que estuvieron encantados de conocer a Su Alteza el príncipe Rachmaninoff personalmente. Muy pronto se formó un alegre y agradable grupo, de modo que Alexei se encontró rodeado de hermosas mujeres e importantes caballeros. Importantes pese a estar en albornoz y trajes de baño, lo cual, como pensó Alexei con

ironía, los colocaba al nivel de Kovenko, simplemente. Situación que el propio Kovenko, muy discreto, solucionó, desapareciendo tras una breve charla aparte con su amo y señor.

—Me largo, tú. Fastídiate solito, querido.

—Son gente interesante —sonrió Alexei—. Posiblemente, nos los encontraremos de nuevo esta noche, en la fiesta que da el conde de Trevigny.

—Ah —lo miró vivamente Kovenko.

—Sí, es una pequeña sorpresa ocasionada por cierto sentimentalismo del conde. La baronesa, que anoche me esperaba en sus aposentos, nos ha invitado.

—¡Te esperaba en...! ¿Lo ves? ¡Ya te dije que allí mismo, en el sitio que escogiste para dejar las motos, podías...!

—Calma, Anton. No hemos venido aquí a hacer el tonto, con la baronesa.

—¡Hacer el tonto! ¡Menuda cara dura tienes, hijo! ¡No me vas a dejar ni las migajas! Porque, por ejemplo, la señorita Bertin está loca por ti, así que...

—En primer lugar —frunció el ceño Alexei—, no me parece en modo alguno que la señorita Bertin sea «las migajas», sino todo lo contrario. Y en segundo lugar, ¿de dónde sacas que está loca por mí?

—¡Hombre...! Tenías que haber visto su cara cuando saliste de la piscina: creí que el corazón le iba a atravesar el pecho... Pero claro, con lo guapo que eres, condenado, y después del beso que le administraste ayer... pues nada, ¡loca perdida por Su Alteza!

—Bueno, bueno, ya hablaremos de eso en otra ocasión, si viene al caso. Todo lo que tenía que decirte ahora es que lo haremos esta noche. De modo que mientras yo me divierto, prepáralo todo. Y, Anton, no lo olvides: si algo falla, se habrá echado a perder el trabajo de mucho tiempo.

—No fallará nada —dijo muy seriamente Anton Kovenko.

Se retiró, y Alexei regresó al grupo de gente importante.

—Me dice Amelie —le interpeló enseguida Roland Courcy— que tiene intención de asistir a la subasta, Alteza

—En efecto —se sentó Alexei—. ¿Y usted, señor Courcy?

—¡Por supuesto que sí! Aunque, con sinceridad, últimamente no estoy en situación de distraer capital en estas cosas. Cuando los

negocios...

—¡Oh, por Dios, Roland! —le interrumpió la bella duquesa de Saint-Honoré—. ¡No hables de negocios, te lo suplico! Te vemos de tarde en tarde, pero cuando te dignas aparecer, siempre hablas de esas cosas horribles.

—A mí también me parecen horribles los negocios, duquesa —sonrió Alexei.

—¿Verdad que sí? ¡He aquí un hombre realmente encantador! ¿Qué es lo que le gusta a usted, Alteza?

—Bueno, dejando discretamente a un lado al bello sexo, que debe ser la principal ocupación de cualquier caballero sano de mente y de cuerpo —se oyeron algunas risas—, creo que no hay nada en el mundo comparable al arte.

—¡Oh, el arte! —puso los ojos en blanco la Saint-Honoré, a la que Amelie dirigió una hosca mirada—. ¡Me encanta el arte!

—Es un recreo para el espíritu —dijo Alexei—. Y por supuesto, para saber apreciar el arte hay que tener sensibilidad. No me refiero a la sensibilidad visual, sino a la espiritual.

—¿Cómo entendemos eso? —saltó Roland Courcy.

—A veces, un objeto que resulta feo a la vista... o por lo menos a primera vista, es una auténtica obra de arte. Cabe la posibilidad de que el artista que creó ese objeto fuese torpe de manos, pero maravilloso de espíritu. Entonces, si realmente es un artista, el amante del arte, al ver el objeto, comprenderá.

—Pues yo no comprendo —dijo la dulce y lánguida rubita *lady* Haltman, que hablaba un preciosísimo francés.

—¿No? Bien, tomemos como ejemplo a mi criado Anton Kovenko. ¿Qué le ha parecido a usted, *lady* Haltman?

—¡Oh, pues...! Bueno... No sé...

—Feo, ¿verdad? Sí, es feo, en efecto. Y parece un gorila, eso lo sabe hasta el propio Anton. Sin embargo, es de una sensibilidad de violín. Su abuelo ya era criado de mi abuelo, en Rusia. En estos tiempos, esa fidelidad a una familia ya no existe, todos lo sabemos. Anton podría dedicarse a cualquier otra cosa, y les aseguro que está preparado para vivir bien. Pero ¿qué hace?: se ha puesto a mi servicio desde que nací. A decir verdad, no sabría cómo desprenderme de él. Si le dijese que treinta años juntos ya son suficientes, se moriría de pena. ¿Y saben por qué?

Silencio expectante. Alexei encendió un cigarrillo.

—Pues porque Anton, por dentro, es una obra de arte, es todo sensibilidad, todo amor. De amor bien entendido, por favor —se oyeron más risas—. Y así, nos encontramos con que un hombre feo de aspecto, posee tal calidad espiritual que una persona perspicaz incluso llegaría a preferir a Anton que a cualquiera de nosotros — ¡Está bromeando!— rió la Saint-Honoré.

—Por supuesto que no, duquesa. Y otra cosa: ¿realmente les parece *feo* mi buen Anton? ¿Sí? Pues yo he visto mujeres muy hermosas suspirando por él.

—¡Vamos, Alteza...! —protestó Roland Courcy.

—Les aseguro que es cierto. Sí, es tan sensible... Por eso, le permito darse un bañito aquí, entre nosotros, en este lugar. El comprende, y nunca se sobrepasa. Pero si yo le dijese que no debía disfrutar de lo mismo que disfruto yo... no sé... creo que no comprendería mi actitud. ¿Dudan del atractivo recóndito de Anton? Muy bien. Pues, precisamente, antes de venir aquí, en Torremolinos, había en nuestro hotel una bellísima noruega, que... Pero no. Ésta no sería una conversación seria. Estábamos hablando de arte. Y si no les gusta el tema, ¿por qué no hablamos de la fiesta de esta noche en la villa del conde de Trevigny?

CAPÍTULO V

Monique de Trevigny era una dama encantadora, y todavía lo bastante hermosa, a sus cuarenta años y poco más, como para que los hombres la admirasen. Junto a su esposo el conde, recibía aquella noche a los invitados sonriendo valerosamente, con dignidad, sin altivez y sin humillación pese a saber que cada uno de los invitados a los que tan cordialmente recibía, se llevaría algo de ella al día siguiente, a cambio de simple dinero.

Desde el coche, mientras maniobraba para estacionarlo en la gran explanada circular bordeada de acacias junto a los de los invitados que habían llegado con anterioridad, Anton Kovenko veía a su amo y señor en el momento en que, tras ser presentado por la baronesa

Thiërs-Chateau, se inclinaba para besar la mano de la condesa de Trevigny. Anton Kovenko no podía oír lo que Alexei decía a la condesa, pero eso no le preocupaba en absoluto; sabía que Alexei cumpliría su parte a la perfección, y que él debía concentrarse únicamente en cumplir la suya.

La primera dificultad, podía ser el exceso de luz, aunque había sido previsto. Toda la planta baja de la magnífica villa estaba iluminada, así como la columnata, la explanada llena de coches, el sendero que llevaba a las verjas, y la entrada por éstas. En el centro de la explanada había un bonito surtidor, con las aguas también iluminadas en colores.

Es decir, había luz para que incluso un gato fuese visto.

Luego, la vigilancia.

La vigilancia humana. Aparentemente, nada sucedía, todo era grato y amable. Pero, muy discretísimos, varios hombres patrullaban como en romántico paseo en busca de inspiración para

escribir poesías, por los jardines de la villa. Había dos cerca de la entrada donde los condes de Trevigny recibía. Dentro, debía haber por lo menos cuatro más. En total, Anton Kovenko había calculado doce hombres... todos ellos armados. Armados, y, por supuesto, expertos en el manejo de tales armas.

La vigilancia electrónica no preocupaba lo más mínimo a Kovenko, excepto las dos cámaras de televisión de las que le había hablado Alexei; pero, también esto había sido previsto... En realidad, todo había sido previsto.

Tras apagar el motor y las luces del coche, Anton Kovenko encendió un cigarrillo, y miró a los demás chóferes de los invitados. Algunos estaban solos, otros formaban pequeños grupos, charlando y fumando, dispuestos a esperar pacientemente el final de la fiesta. Otros daban la vuelta al redondo estanque donde se hallaba el surtidor iluminado, y abandonaban la villa. Eran los afortunados: noche libre, pues sus patronos, al término de la fiesta utilizarían los coches de los amigos también invitados.

Kovenko era de los que tenían que quedarse. Y no podía ser de otro modo, con toda lógica: había llevado al príncipe Rachmaninoff y a la baronesa Thiérs-Chateau a la villa de los Trevigny, y debería recogerlos después. Aparentemente, el beneficiado aquella noche había sido Pierre, el chófer de la baronesa, que con gran alegría se dispuso a pasar otra noche libre mientras el pobre Kovenko hacía de esclavo. Son puntos de vista.

Cuando terminó el cigarrillo, Kovenko miró su reloj. Eran las diez y veintiún minutos de la noche. Hasta las once y cuarenta y tres, tenía tiempo de repasarlo todo mentalmente una vez más. Pero antes, debía echar una última mirada al material, así que de debajo del asiento sacó una caja metálica, cerrada con llave. La llave colgaba del cuello de Kovenko por medio de una cadenita, y para quitarle esa llave al ruso haría falta algo más que unas cuantas pistolas.

Con esa llave, Anton Kovenko abrió la plana caja metálica. Acero sueco. Ni una bomba podría reventarla. En cambio, una simple llavecita hacía el milagro. Dentro de la caja, lo primero que destacaba era una máscara antigás reducida al máximo por los más adelantados procedimientos de fabricación. El resto de la caja estaba ocupada por un panel de mandos en el que sólo se veía un

reloj luminoso en el centro y dos hileras de botones a la derecha, cada una de cinco botones, numerados del uno al diez. La hora que señalaba aquel reloj era exacta, a la décima de segundo, a la del reloj de Kovenko, y, naturalmente, a la del reloj de Su Alteza el príncipe Rachmaninoff.

Sí...

Todo era tan sencillo, tan simple, que Anton Kovenko se dispuso a repasar una vez más, mentalmente, el plan creado por la fértil, sobrecogedora mente de Su Alteza...

* * *

La sorpresa había sido agradable para los invitados de los condes de Trevigny: la fiesta se celebraba en el salón, donde la instalación estaba prácticamente terminada. Como una deferencia a sus amigos personales, los Trevigny ofrecían las primicias de la exposición para la subasta. Los cuadros, porcelanas, joyas y pequeñas esculturas, dos de ellas en oro puro, podían ser contemplados, admirados por los presentes. La excitación era evidente, sobre todo, por parte de las damas. Los condes habían terminado ya de recibir a los invitados, y se habían reunido con éstos en el salón, donde se había dispuesto el *buffet* para una ligera cena fría a base de canapés de caviar y salmón principalmente y pequeños platos de langosta y cangrejo ruso. El champagne, francés, ¡*naturellement!*

Entre dos ventanas del gran salón, adosado a la pared, un pequeño estrado, donde una orquesta de cinco miembros solamente proporcionaba adecuada música al ambiente. Y, distribuidos con gran sentido del tacto, cinco caballeros vestidos impecablemente de esmoquin; tan impecablemente que incluso al príncipe Rachmaninoff le costó localizar el bulto de la pistola bajo el sobaco...

—¡Qué hermoso es todo, ¿verdad, Alexei?! —había exclamado la baronesa Thiérs-Chateau.

—En efecto —asintió el príncipe—. Lo que no acaba de gustarme son las cámaras de televisión. Y creo que deberíamos decírselo al conde, Amelie.

—¡Lo llamaré! —rió ella—. ¡Me gustará ver qué opina al respecto!

Mientras Alexei tomaba dos copas de champaña, Amelie hizo señas a los condes, que estaban conversando con otro grupo. Tras obtener una cabezada afirmativa por parte de Monique de Trevigny, la baronesa tomó la copa que le tendía Su Alteza, y sonrió.

—Esa tonta de Ruth... —dijo sin dejar de sonreír—. ¡La odio con toda mi alma!

—¿A quién te refieres?

—A *lady* Haltman, ¿a cuál otra Ruth? ¡No te ha quitado la vista de encima desde que hemos llegado!

—Bueno. Por mucho que me mire, no conseguirá que me equivoque de *suite* esta noche, Amelie.

—Es una estúpida. Detesto a las inglesas.

—Me pareció que *lady* Haltman y tú erais buenas amigas.

—Amiguísimas —asintió Amelie—, ¡pero la detesto!

—Amelie, querida —llegó diciendo Monique de Trevigny—, ¿cómo lo pasáis? ¿Le gusta nuestra subasta, Alteza?

—Muchísimo —admitió Alexei—. No sé cómo agradecerles la deferencia que significa esta contemplación previa.

—Si Amelie le ha invitado —dijo Gastón de Trevigny—, no hay más que hablar, Alteza.

—¿Querías algo, Amelie? —miró la condesa a la baronesa.

—Oh, sí. Estábamos comentando con Alexei que los dispositivos de alarma son tan discretos que nosotros no vemos nada... salvo las cámaras de televisión. Alexei opina que por esta noche deberías haber prescindido de ellas. Creo que se siente un poco incómodo, sabiendo que todo lo que hace lo captan esos aparatos.

Gastón de Trevigny movió la cabeza con gesto apenado.

—Es cierto. A mí tampoco me gusta, pero la agencia de seguridad lo ha exigido; o eso, o no habrían aceptado el contrato. Naturalmente, las películas en *videotape* que están tomando las cámaras serán destruidas en cuanto la subasta haya terminado.

—Me siento como si me estuviesen controlando para que no me lleve una cucharilla de plata del juego de café —dijo Alexei.

—Alteza, las cámaras no son para nosotros —siguió buscando una disculpa de Trevigny—, ni para nuestros invitados. Le supongo enterado de que últimamente han habido importantes robos en lugares como éste.

—Amelie me habló de ello, es cierto...

—Hay un grupo de ladrones cuyo ingenio es admirable... si se me permite esta palabra. Cada robo es una sorpresa por el método y la eficacia, así que yo he querido asegurarme de que a mí no iba a ocurrirme nada de eso. En realidad, las cámaras están funcionando más como prueba que otra cosa. Pero, si algo ocurre esta noche o mañana, tendremos la película. Puede ser el primer paso para que la policía detenga a ese grupo de ladrones. De todos modos, los ladrones no llegan nunca cuando hay gente.

—Supongamos —frunció el ceño Alexei— que yo me voy de su casa, y que regreso esta madrugada, subrepticamente...

—Santo cielo —rió Monique de Trevigny—: ¡ni se le ocurra, Alteza! Dígame: ¿hay algo que le interese de modo especial?

—Así es: uno de los cuadros.

—¿De veras? —Monique de Trevigny se tomó del brazo de Alexei, tirando suavemente de él—. Quisiera examinar ese cuadro con detenimiento antes de desprenderme de él. Tengo entendido que sus puntos de vista sobre el arte son un tanto... peculiares, Alteza.

Mientras se alejaban los dos, Gastón de Trevigny sonrió simpáticamente, mirando a Amelie.

—No cabe duda de que Monique tiene buen gusto para los hombres. En cambio, yo, lo tengo para las mujeres. Estoy tratando de decir que al cambiar de pareja, tanto Monique como yo hemos salido ganando... ¿Más champaña, Amelie?

—Sí, por favor —rió la baronesa.

De Trevigny hizo una seña a uno de los camareros.

—Es un hombre muy apuesto e interesante tu príncipe —murmuró—. Y enigmático. Me pregunto por qué un hombre de su indudable categoría social y personal permanece prácticamente en el anonimato. ¿Te ha contado algo al respecto?

—Todavía no.

—Ah... *Todavía*... Entiendo. Por cierto, el que está un poco raro también últimamente es Roland, ¿no te parece? Tan pronto está en un sitio como en otro; o no puedes quitártelo de encima, o te pasas dos meses sin verlo. ¿Crees que comprará algo?

—Mañana lo sabremos —encogió los hombros Amelie—. Veo a Monique realmente admirada de las palabras de Alexei. ¿Te parece bien que vayamos a enterarnos de lo que ha dicho Su Alteza?

—¿Qué hora es? —preguntó Amelie.

—Las doce menos veinte. ¿Por qué?

—No sé —lo miró expectante ella—. Eres tú el que has mirado el reloj tres o cuatro veces en pocos minutos, querido.

—¿Eso he hecho? —sonrió Alexei—. Vaya, me has descubierto.

—¿Qué es lo que he descubierto?

—Pues... tengo una cita esta noche, con una dama y, a decir verdad, ya me estoy impacientando. Hemos asistido a la fiesta, hemos visto todo, hemos charlado con todos... ¿Qué más podemos hacer aquí?

La ardiente mirada de Amelie se deslizó hacia la firme boca de Alexei Rachmaninoff.

—¿Realmente te estás impacientando? —susurró.

—Realmente. De lo que no estoy muy seguro es de si debo procurarme la botella de champaña en el hotel o sería más práctico robar una de aquí.

—¿Serías capaz de robar? —rió ella.

—Por ti, sí. ¿Quieres que te lo demuestre?

—No, no, por favor.

—De todos modos —Alexei Rachmaninoff sacó de un bolsillo interior del esmoquin un blanquísimo pañuelo muy bien doblado, y se lo pasó por los labios—, creo que ya hemos bebido suficiente champaña por esta noche. ¿Te parece bien que nos escapemos de aquí a las doce?

La mirada de Kovenko estaba fija en el reloj del panel que contenía la caja metálica. Comparó con el suyo. Exacto. Era de suponer que, en aquellos momentos, cuando faltaban solamente veintidós segundos para las once y cuarenta y tres minutos, Alexei ya se las habría arreglado para sacar del bolsillo el pañuelo entre cuyos dobleces estaba el filtro especial antigás.

Veinte segundos.

Diecinueve segundos.

Dieciocho segundos...

Anton Kovenko miró hacia sus colegas del volante. Todavía seguían charlando la mayoría. Dos de ellos, sentados ante el volante, dormitaban, pese a la música que llegaba desde las abiertas

ventanas del salón, al sonido de las voces y risas...

Trece segundos.

Doce segundos.

Once segundos...

Anton sacó rápidamente la careta antigás, y se la puso, al mismo tiempo que se deslizaba en el asiento de tal modo que no se le podía ver desde fuera del coche. Una vez puesta la careta, su mano derecha quedó sobre los botones numerados del uno al diez. Cuando los apretase, las señales de radio que emitirían los botones harían explotar silenciosamente las diez cargas de gas narcótico que la noche anterior, deslizándose como gatos por el jardín, habían colocado en éste Alexei y él mismo. El gas, de rápida dispersión, se extendería en pocos segundos por toda la villa, alrededor de la cual formaba como un collar. Un insólito collar que provocaría el sueño a docenas de desprevenidas personas, tanto en el jardín como en la casa, en cuanto el gas penetrase por las ventanas junto con el aroma de las flores...

Dos segundos.

Un segundo...

La manaza de Anton Kovenko apretó todos los botones a la vez.

Y, aparentemente, nada sucedió. Durante unos segundos, estuvo inmóvil, temiendo que algo hubiese fallado. Finalmente, le llegó la señal que esperaba, y que indicaba que todo había salido bien: de la casa, la música que llegaba pareció perder fuerza y calidad; un par de segundos más tarde, ya no llegó música alguna. Se hizo el silencio absoluto. Ya no se oía música, ni voces, ni risas... Nada. Silencio. Silencio.

Silencio.

Kovenko se irguió en el asiento, y miró su reloj. Cuando el segundero pasó de los treinta segundos, cerró la caja metálica y salió del coche. El gas había hecho su efecto, y se había dispersado con la rapidez conocida. Alrededor de él, los chóferes y los vigilantes del exterior yacían tendidos en el suelo. Anton fue hacia uno de los vigilantes, le quitó la pistola, movió negativamente la cabeza, y la dejó caer. Se sobresaltó de pronto, sacó un pañuelo, y limpió sus huellas. Utilizando el mismo pañuelo, se apoderó de la pistola de otro vigilante. Ésta sí, era adecuada al silenciador que sacó del bolsillo. Lo colocó en el cañón, y corrió hacia una de las

ventanas.

Tenían treinta minutos para hacerlo todo. Sólo treinta minutos. Transcurrido ese tiempo, todos comenzarían a despertar.

Con la máscara antigás todavía colocada, se asomó por una ventana lo justo para ver, al fondo y en el ángulo del salón, la cámara de televisión. Metió la mano, apuntó brevemente, y disparó.

Perfecto. La bala dio justo en el centro del objetivo, y la cámara quedó ciega. Se desplazó a otra ventana, desde la cual podía ver la segunda cámara, y volvió a disparar. Perfecto. Pero nada sorprendente: a Anton Kovenko ni se le había ocurrido la posibilidad de que él pudiese fallar un disparo «tan fácil».

Se quitó la máscara antigás, la metió en la caja metálica tras tirar la pistola desdeñosamente, y fue hacia la entrada principal. Cuando entró en el salón, el espectáculo era en verdad impresionante, con todas aquellas personas caídas en el suelo. Habían copas rotas, manchas de champaña, bandejas y canapés... Los invitados de los de

Trevigny parecían muertos, inmóviles.

Anton puso una rodilla en tierra junto al príncipe Rachmaninoff, que yacía boca abajo, con un brazo doblado, la mano en el rostro. Le dio con un pulgar en las costillas.

—Venga, hombre: ya vale.

Alexei se sentó, retirando de su boca y nariz el pañuelo entre cuyos dobleces estaba el filtro antigás.

—Estoy un poco mareado, Anton. Empieza tú.

—Bueno. Pero espabila, que hay trabajo para los dos.

Kovenko dejó la caja metálica en el suelo, fue hacia uno de los cuadros y lo descolgó tras arrancar con seco tirón el finísimo alambre que habría provocado la alarma... Un par de minutos más tarde, Su Alteza el príncipe Rachmaninoff se unía a él en el desvalijamiento de la villa de Trevigny.

* * *

Un desvalijamiento total. No sólo habían desaparecido todas las obras de arte, sino los collares y demás joyas de las damas, así como las bien repletas billeteras de los caballeros.

El primero en despertar había sido uno de los criados de la villa,

que inmediatamente, como primera providencia, había telefonado a la policía. Y ahora, a las doce y cincuenta minutos, esto es, a la una menos diez minutos de la madrugada, el inspector Séverin, de la Prefectura de Niza, estaba ya impuesto en el caso. Lo que quiere decir que, simplemente, sabía que se había llevado a cabo el quinto «golpe» de los habilísimos ladrones que desde hacía meses operaban en la costa mediterránea de Europa.

La consternación era terrible. Algunas damas, al despertar y notar la ausencia de sus joyas, habían vuelto a desmayarse...

Con las manos a la espalda, el inspector Séverin permanecía en pie, mirando hacia el suelo. Era el blanco de todas las miradas. Cuando alzó la cabeza, se dio cuenta de ello. Era lógico que le mirasen, que esperasen algo de él, pero... ¿qué podía hacer él? En el jardín, y por supuesto en la casa, los equipos técnicos especiales se disponían a iniciar su trabajo, en busca de huellas y pistas. Para Séverin ya había bien clara una pista, que le tenía desconcertado: en esta ocasión, nadie había resultado herido, ni, mucho menos, muerto, como había sucedido en dos de los casos anteriores. La operación se había realizado con una limpieza y delicadeza admirables. Sí, señor, admirables. ¿Por qué no admitirlo?

—Hay mucho trabajo por delante —dijo de pronto—. Espero la colaboración de todos.

—¿Qué quiere decir? —musitó el conde de Trevigny, que estaba pálido como un muerto, sosteniendo a su no menos pálida esposa.

—Como usted comprenderá, señor conde, debo pensar que los ladrones han estado apoyados por alguien del interior... alguien que conocía todo el dispositivo de alarma.

Trevigny parpadeó. Miró las vacías tarimas, las desnudas paredes, los marcos tirados por el suelo... Claro, se habían llevado sólo las teclas. ¿Para qué querían los marcos?

—¿Sugiere usted que hay en la casa algún cómplice de los ladrones, inspector?

—Bien... No exactamente. Pero es indudable que conocían bien todo el dispositivo...

—No estoy de acuerdo con usted —refunfuñó Roland Courcy, adelantándose—. Son unos ladrones ingeniosos, que no necesitan ayuda de nadie. El temor era que intentasen algo, así que se tomaron precauciones. ¿Y cree usted que ellos no sabían eso, y se

las arreglaron para conocer qué precauciones se habían tomado? Además, si nos acusa a alguno de nosotros, tendrá que acusar también a los encargados de la vigilancia, a los jefes de ellos que conocían los dispositivos de seguridad, a los amigos de las otras mansiones que fueron robadas anteriormente, a...

Un murmullo de aprobación apoyó las palabras de Roland Courcy. El inspector Séverin alzó las manos.

—Damas y caballeros, por favor, por favor... Sólo voy a rogarles que intenten cooperar. Quizá alguno de ustedes vio algo que pueda ayudarnos, algún detalle. Procuraré molestarles lo menos posible, pero comprendan ustedes que es inevitable que solicite sus testimonios. Nada más lejos de mi intención que...

Eran las cuatro de la madrugada cuando Anton Kovenko detenía el coche ante la escalinata de entrada al hotel Verdun. Se apeó, rodeó rápidamente el coche y abrió la portezuela derecha de atrás.

En el asiento, Amelie y Alexei permanecían silenciosos, tomados de la mano. Todavía tardaron unos segundos en reaccionar.

—Ya hemos llegado —dijo Su Alteza.

—Ha sido horrible —murmuró Amelie—. ¡Jamás pensé que pudiese encontrarme en una situación semejante, Alexei!

—Ya ha terminado todo. Ese pobre hombre, el inspector Séverin, tendrá que arreglárselas como pueda. Esperemos que no nos molestará más... Aunque no debería decir eso; al fin y al cabo, está cumpliendo con su deber. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Ahora ya sí. Pero cuando desperté estaba como... flotando. ¿No te pasó lo mismo a ti?

—Por supuesto.

—Fue impresionante...

—Vamos, vamos —Alexei palmeó cariñosamente la mano de Amelie—. Lo mejor que podemos hacer ahora es descansar. Todo ha sido muy lamentable, pero nosotros no tenemos la culpa, querida.

Salió del coche, pasó al otro lado, donde Kovenko permanecía muy serio y erguido sosteniendo la portezuela, y ayudó a Amelie a salir, tomándola nuevamente de la mano. Mientras Kovenko se disponía a meter el coche en el garaje, los dos entraron en el hotel. Alexei pidió las dos llaves y acompañó a Amelie hasta la puerta de su *suite*.

—Me parece —sonrió con resignación— que mi llegada con una

botella de champaña no sería precisamente oportuna, ¿verdad?

—Oh, Alexei...

—No seas tonta —Rachmaninoff tomó el rostro de ella entre sus manos, lo alzó y besó brevemente los labios femeninos—. Es natural que estés cansada y deprimida. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, mi amor...

Se besaron más largamente. Luego, la baronesa entró en su *suite* y Alexei Rachmaninoff subió dos pisos más, hasta la suya. Entró, dejó ajustada la puerta y fue hacia el dormitorio que se había asignado. Estaba poniéndose los pantalones del pijama cuando oyó los pasos en el saloncito.

—¿Anton? —llamó.

—Sí. ¿Un trago, Alteza?

—Bueno.

Terminó de ponerse el pijama, y salió al saloncito. Ante el lujoso bar con refrigerador, Anton Kovenko estaba descorchando una botella de champaña. Sirvió en dos copas, entregó una a Alexei y alzó la suya, sonriendo.

—No soy precisamente la baronesa —dijo—, pero ¡salud!

Alexei Rachmaninoff alzó también su copa, con elegantísimo gesto, sonriendo simpatiquísimamente.

—Salud, camarada.

SEGUNDA PARTE

MALOS MODALES

CAPÍTULO PRIMERO

—Buenos días, Alteza.

La voz llegó como de muy lejos. Muy, muy lejos. Luego, un terrible rayo de sol cayó sobre Alexei Rachmaninoff, que se dio la vuelta, mascullando:

—¿Qué pasa...? ¿Anton?

—Anton Kovenko, su fiel servidor, Alteza. ¿Su Alteza no ha oído el teléfono?

—¡Vete al infierno!

—Ha llamado la señorita Bertin. Quiere verle *inmediatamente...* en su apartamento; el 2 C del 82 de Rué Assalit.

Alexei se sentó de un salto en la cama.

—¿La señorita Bertin? ¿En su apartamento? ¿Qué hora es? ¡Maldita sea, cierra esas ventanas!

—La señorita Bertin. En su apartamento. Son las doce y media. Las ventanas están bien así. ¿Le preparo el baño a Su Alteza?

Alexei se pasó las manos por la cara. ¿Las doce y media? ¡Santo cielo...! Seguramente, Amelie le estaba esperando ya en el solarío...

—¿Qué quería la señorita Bertin?

—Conversación privadísima con Su Alteza. Urgentísimo. Ya tengo los periódicos. ¿Su Alteza quiere echarles un vistazo?

Anton los tiró sobre la cama. Alexei les echó un vistazo, y a medida que leía los titulares del «fantástico golpe» llevado a cabo la noche anterior en la villa de los condes de Trevigny, sonreía irónicamente. Sobre todo cuando leyó que la policía estaba realizando investigaciones que parecían muy bien encaminadas. Dejó los periódicos a un lado y saltó de la cama.

—Anton, el coche.

—Sí, Alteza.

—Iremos a ver a la señorita Bertin ahora mismo. Llama al solarío desde el garaje y dile a la baronesa que me disculpe... que me reuniré con ella a la hora del almuerzo.

—Ya es la hora del almuerzo, Alteza.

—Dile que a la una y media, hombre.

—Me parece muy poco tiempo para dedicarle a una señorita tan mullida como la Bertin, Alteza.

—¡Siempre estás pensando en lo mismo!

—Yo pienso; Su Alteza actúa. Ésa es la diferencia entre siervo y señor. Voy a por el coche.

Veinte minutos más tarde, el coche se detenía ante el número 82 de Rué Assalit. Alexei Rachmaninoff se apeó, miró aprobativamente el elegante vestíbulo del edificio de apartamentos y dijo:

—Espera aquí.

—Hombre, no —gruñó Kovenko—; si te parece subiré a hacer de testigo ocular.

Rachmaninoff hizo un gesto con la mano y entró en el edificio. Segundo piso. Puerta C. Pulsó el timbre. La puerta se abrió en el acto, en realidad cuando todavía estaba sonando el timbre. Ante el leve gesto de sorpresa de Alexei, Nanette murmuró:

—Le he visto llegar desde una ventana. Pase, Alteza.

Nanette Bertin no estaba en *deshabillé*, ni nada parecido que sugiriese por su parte las intenciones que le suponía Kovenko. Llevaba un precioso modelito de mañana, eso era todo. Como si estuviese dispuesta a salir en aquel momento. Cerró la puerta y señaló hacia el interior del apartamento. Llegaron al saloncito, que Alexei calificó como modestamente elegante, pero alegre, con un solo vistazo... Un vistazo que abarcó la mesita de centro, delante del sofá. En la mesita estaba el periódico, bien extendido, mostrando grandes titulares sobre el robo en la villa de los condes de Trevigny.

—Ah —exclamó Alexei—. Veo que ya está enterada del desagradable suceso de anoche, señorita Bertin. Pero yo puedo facilitarle información de primera mano, porque precisamente estaba en... ¿Por qué me mira así?

—Alteza, mi verdadero nombre debería ser Marya Ivanovna Ilyuchin. Pero mi abuelo, como tantos otros rusos, cambió su nombre, adoptando uno francés, cuando escapó de Rusia. Mi familia

se llama ahora Bertin, pero como le he dicho debería llamarse Ilyuchin. ¿Le dice a Su Alteza algo este apellido?

—Creo recordar que mi padre hablaba con frecuencia de cierto Sergei Ilyuchin —musitó Alexei, mirando con suma atención a la bella Nanette—. ¿Era su abuelo?

—Así es. Entre las muchas satisfacciones de mi familia estaba la de haber conseguido el favor y casi diría que la amistad de los Rachmaninoff. Luego, ya en Francia ambas familias, mi abuelo y el de Su Alteza se vieron con cierta frecuencia... Pero no voy a cansarle con una historia que sin duda ya conoce. Iré directamente al punto final: una de las cosas que mi madre me dijo de la familia Rachmaninoff se refería al último príncipe.

—¿A mí?

—Así es, Alteza. Es algo que sin duda no ignora; todos los Rachmaninoff, quién sabe por qué, nacen con una marca en algún lugar del cuerpo. El caso de usted había hecho mucha gracia a mi madre, hasta el punto de que estaba convencida de que mi padre, que seguía recibiendo noticias de los Rachmaninoff, le estaba gastando una broma.

—¿Y cuál es mi caso, señorita Bertin?

—Si usted es el príncipe Rachmaninoff, el verdadero Alexei Rachmaninoff, debe tener una especie de lunar en forma estrellada en... en la nalga izquierda.

—¿Y bien?

—Quiero ver su nalga izquierda.

Alexei quedó sonriente, divertidísimo. Tanto, que acabó por echarse a reír.

—¡Señorita Bertin, ésta es la cosa más graciosa que me ha ocurrido en mi vida! —exclamó—. ¡Debería ser yo quien le pidiese a usted el simpático espectáculo de contemplar una nalga!

—Si usted no me enseña esa nalga, avisaré a la policía.

—¿La policía? —quedó estupefacto Alexei—. ¿Cree que la policía me obligaría a enseñarle a usted mis nalgas?

—Lo que le diría a la policía es que usted es quien ha robado en la villa de los condes de Trevigny.

—Fantástico —alzó los brazos Su Alteza—. Me parece que usted no ha leído bien la noticia, señorita Bertin. Si lo hace, verá que entre los invitados que fueron narcotizados había un tal príncipe

Alexei Rachmaninoff, que...

—Alteza, he estado hablando esta misma mañana, en el solarío, con la baronesa Thiérs-Chateau.

—Sí, supongo que me estaba esperando... ¿Ha estado hablando con ella? ¿Sobre qué?

—Subí al solarío porque pensé que, como ayer, usted estaría allí. Pero no estaba. Entonces, aproveché para... sondear a la baronesa.

—¿Sondear? —musitó Alexei.

—Es muy posible que le parezca tonta a Su Alteza, pero no lo soy. Estoy hablando, por ejemplo, de la carta que ayer tuve que escribir en español. Su Alteza no necesitaba mis servicios para tal menester, pues a un buen amigo se le puede escribir en su idioma aunque sea cometiendo algunas incorrecciones gramaticales; el amigo lo disculpa perfectamente, e incluso agradece el esfuerzo de escribirle en su idioma. Así pues, si mis servicios eran en verdad innecesarios, ¿por qué tenía yo que escribir esa carta?

—Pues no sé —sonrió Alexei—. ¿Para qué?

—Seguramente, Su Alteza debió verme la otra noche, cuando regresó con su criado a las cinco de la madrugada. Y luego, decidió tratarme como una tonta con eso de la carta que justificaba su salida nocturna, su paseo en motocicleta; una motocicleta que ningún coche normal puede seguir.

—¡Ah, nos vio usted...! ¿Y qué hacía allí?

—Le espiaba. En primer lugar, nunca he creído que usted fuese Alexei Rachmaninoff. Y no me pregunte por qué. Intuición, simplemente. Lo cierto es que estaba convencida de que no era Alexei. ¿Y no le parece eso sospechoso? Y sus deseos de poder salir del hotel sin ser visto, esa salida a las dos de la madrugada para regresar a las cinco, las motocicletas... Al leer el periódico esta mañana, lo he comprendido todo.

—Interesante. ¿Qué ha comprendido?

—Tenía que asegurarme, así que en cuanto leí el periódico fui a verle a usted. Encontré a la baronesa y decidí utilizarla a ella. Discretamente, le he hecho algunas preguntas que me han convencido de que usted es un suplantador, un aventurero, un... ladrón. He sabido que estuvo con ella la tarde anterior en la villa de los condes de Trevigny. Seguramente, fue a inspeccionar el terreno... por dentro. Y por la noche, fue con ese horrible criado a

inspeccionarlo por fuera. No fueron por la carretera de La Colmiene, sino a la villa de los de Trevigny. Lo prepararon todo... ¡Estoy segura!

—Según entiendo, su seguridad proviene de su... «discreta» charla con la baronesa, por medio de la cual ha sabido mis movimientos.

—En efecto.

—Señorita Bertin, es usted una estúpida.

—¿Qué...?

La expresión de Alexei Rachmaninoff había cambiado visiblemente. Su gesto era ahora duro, hostil; sus claros ojos parecían haberse congelado.

—Una completa estúpida —ratificó muy descortésmente Su Alteza—. Por dos motivos básicos. Uno, con sus «discretas» preguntas usted no ha engañado ni por un segundo a Amelie. Dos, puesto que está convencida de que yo soy un suplantador y un ladrón, debió avisar a la policía en lugar de citarme aquí, a solas. ¿No comprende que puedo estrangularla con una sola mano, linda cretina?

—No... No, no...

Alexei alzó la mano derecha, rodeando de un zarpazo el cuello de Nanette, que abrió la boca... La mano izquierda de Alexei la tapó, con seco manotazo. En un instante, Nanette Bertin se encontró indefensa, inmovilizada por la presa del príncipe Rachmaninoff. Sus ojos se desorbitaron de espanto. Sólo de espanto, pues Alexei apretaba lo justo para inmovilizarla, no para estrangularla... todavía.

—Le diré lo que va a hacer usted, señorita Bertin. Y eso, en cuanto la suelte: saldrá de aquí, subirá a su coche y se irá de Niza; desde un teléfono público, llame a *monsieur* Debré, dígame que la disculpe, que un familiar suyo que vive en París está muy enfermo, y que va a cuidarlo. Luego, no se le ocurra ir a París; vaya a Perpignan, o a Marsella, a Narbonne... No cruce la frontera. Sólo se trata de que salga de Niza y se esconda cuanto más lejos mejor... ¿Lo ha entendido?

Nanette movió afirmativamente la cabeza. Y en ese momento sonó el teléfono. Los desorbitados ojos de la muchacha se movieron hacia donde estaba el aparato, guiando a Alexei.

—Conteste. Tranquila. Si es *monsieur* Debré, o algún amigo particular de usted, dígame eso de que se va a París, ya sabe.

Le quitó la mano de la boca y la empujó hacia el teléfono. Nanette llegó ante el aparato, aspiró hondo y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¡...!

La muchacha respingó y tendió el auricular.

—Es... es para usted. Su... su criado...

—Dime, Anton —masculló Alexei, tras arrebatarse el aparato a Nanette.

—...

—Sí... Entiendo...

Estuvo escuchando algunos segundos más. Volvió a decir que había entendido y añadió:

—Sal ahora del bar, vuelve al coche y enciende un cigarrillo. No pasa nada, ¿comprendes? —Colgó, y miró aviesamente a Nanette—. Es usted la muñequita más encantadora que he conocido en mi vida de delictivas aventuras, Nanette, pero también la más tonta. Anton me ha llamado desde un bar que hay cerca de aquí, el Papillon, supongo que lo conoce. ¿Sabe qué me ha dicho Anton? Hay dos hombres en un coche esperando que yo salga de aquí.

—¿Dos... dos hombres...?

—Ellos también han visto a Anton en el coche; saben quién es, naturalmente, y están esperando que yo salga y nos marchemos. Luego, subirán a por usted.

—¿Pa-pa-para qué...?

—Para matarla, mi dulce estúpida —Alexei la tomó por el rostro y la besó en los labios, ahogando el gritito de espanto—. No sabe usted el lío en que se ha metido. Y todo por tontita. ¿Cómo no se le ocurrió avisar a la policía, y quedarse con ellos? Si hubiese hecho eso, no estaría ahora en peligro de muerte... ¿Por qué no hizo eso, que era lo sensato?

—Yo... yo-yo-yo... le quiero a usted...

—¿Qué me dices? Gracias, dulce corazón —volvió a besarla en los labios—. ¿Y qué tiene que ver el amor con la inteligencia?

—Quería... quería decirle que si... que si devolvía lo robado no... no le denunciaría... ¡No quería que fuese a la cárcel, sólo que devolviese lo robado y que... que no robase más...!

Alexei Rachmaninoff alzó los ojos hacia el cielo.

—En el camino de todo hombre malvado —recitó— aparece siempre la luz del amor redentor... ¡Oh, dulce corazón, todo mi ser tiembla emocionado ante la grandiosa prueba de tu amor!

—Se está... se está burlando de mí...

—De ninguna manera —nuevo beso en los trémulos labios de Nanette—. Te agradezco el riesgo que has corrido impulsada sólo por el amor. Por un momento, temí que fueses a pedirme parte del botín.

—Entonces... ¿es cierto... que... que...?

—Soy un despreciable ladrón. Pero ¡sssstt!, no se lo digas a nadie. Ahora te diré lo que tienes que hacer. Es muy, muy, muy fácil, así que lo entenderás; yo voy a salir de aquí, y cuando dentro de tres o cuatro minutos llamen a la puerta, no abras enseguida; di que estás desnuda, que te estabas bañando o algo así, pero haz esperar a la visita no menos de un minuto. Nanette, ¿lo has entendido bien?

—Sí... Sí, sí,
pe-pero...

—Eso es todo, boquita de fresa. ¡Ah, y lamento no tener tiempo ahora para mostrarte mis nalgas!

Nanette Bertin se encontró sola de pronto. Como si todo hubiese sido otro de sus sueños. Aturdida, se dejó caer en un sillón, y se quedó mirando al vacío... ¿O quizá sí había sido todo un sueño?

Cuando sonó el timbre de la puerta, alzó la cabeza, sobresaltadísima. ¿Cuánto tiempo había pasado...? El timbre volvió a sonar. Se puso en pie y se colocó en el fondo del saloncito, como si saliese del cuarto de baño.

—Un mo... —su voz se estranguló y tuvo que carraspear para poder seguir—. ¡Un momento, me... me estoy bañando! ¡Un momento, por favor!

Se quedó allí, paralizada, incapaz de pensar en nada. Un minuto, eso era; tenía que esperar un minuto... Cuando calculó que había transcurrido ese tiempo, se acercó a la puerta y abrió. Palideció al ver a los dos hombres en el pasillo. Uno de ellos pareció sorprendido al verla, quizá porque, si se estaba bañando, lo lógico habría sido llevar un albornoz, no un vestido...

—¿Señorita Bertin?

—Sí... Sí.

El hombre le puso una mano en un hombro y la empujó hacia el interior del apartamento. El otro empujó la puerta con un pie tras seguirle. Nanette abrió la boca, pero el hombre no la dejó ni iniciar la protesta.

—Vamos a salir a dar un paseo, señorita Bertin. Mire, no quiero engañarla; tenemos pistolas, y si usted se comporta de un modo... molesto, no vacilaremos en matarla. ¿Lo entiende?

—Di... Dios... mío...

—No se preocupe. Si se porta bien, si camina con naturalidad junto a nosotros, todo terminará bien. Lo único que queremos es llevarla a hacer una visita a una persona. Sólo eso, de veras. ¿Nos va a complacer, señorita Bertin?

Nanette no pudo hablar; tuvo que contentarse con asentir con la cabeza. Estaba lívida.

—De acuerdo. Tenemos un coche abajo. ¿Dispuesta?

Nanette volvió a asentir con la cabeza. El hombre la tomó amablemente de un brazo, mientras el otro, ya puntualizadas las cosas, abrió la puerta y se apartaba... Es decir, empezaba a apartarse. Por lo demás, recibió ayuda para hacerlo; un puño enorme apareció, con la velocidad de un meteorito cruzando el espacio, y le acertó de lleno en la barbilla, que crujió de un modo espeluznante. El impacto fue tal que el hombre salió despedido hacia el interior del apartamento efectuando un vuelo de no menos de dos metros de longitud, con las piernas hacia arriba.

Todavía no había caído de cabeza cuando el otro ya estaba sacando la pistola. Entonces, junto al enorme puño de Anton Kovenko apareció Alexei, diciendo:

—Éste es para mí.

El aristocrático puño del príncipe Rachmaninoff se hundió en el vientre del otro. Fue un golpe escalofriante; el hombre expulsó todo el aire con un violento gemido y se dobló con tal fuerza y rapidez que Alexei no llegó a tiempo de golpearle en la barbilla, como se había propuesto. Cayó a sus pies, de rodillas, y luego de bruces, encogido, lívido como un muerto.

Y eso fue todo.

—Cierra, Anton.

Kovenko entró y cerró la puerta. Nanette estaba como

petrificada, desorbitados los ojos fijos en Alexei. Éste se acercó y le dio un par de palmaditas en una mejilla.

—Despierta, Nanette.

—Creo que deberías darle una buena torta —dijo Anton.

—No seas bruto. Nada de perder los buenos modales.

—Pues ya los has perdido, me parece a mí.

Alexei tomó a Nanette por los hombros, la llevó hacia el sofá y la sentó.

—Anton, agua.

—Sí, Alteza.

Kovenko fue a la cocina a por un vaso de agua. Nanette la bebió, todavía envarada.

Parecía una de esas muñequitas a las que se les puede dar el biberón.

—¿Te sientes mejor?

—Ssssí... Sí...

—Bueno, tranquilízate. En realidad, no ha pasado nada... salvo que ahora habrá que jugar con las cartas boca arriba. Lo cual resulta aburrido, pero mucho más peligroso.

¿Quieres recoger algo antes de marcharte?

—¿Te-tengo... tengo que marcharme?

—Si prefieres esperar que vengan otros dos asesinos...

Nanette se puso en pie de un salto, de nuevo pálida y abriendo mucho los ojos. De pronto, echó a correr, desapareciendo hacia los dormitorios.

Alexei se volvió hacia Kovenko, que estaba examinando al hombre que había golpeado. Vio sus ojos abiertos y en blanco, de modo que, cuando su mirada y la de Anton se cruzaron, ya sabía lo que iba a decir éste.

Y lo dijo:

—Está muerto. Me parece que le he roto la base del cráneo por percusión.

—Es una explicación muy técnica. Pero sigo diciendo que eres demasiado bruto. ¿Y el otro?

Anton se desplazó adonde yacía el otro y lo colocó boca arriba. Al hacerlo, un chorrito de sangre salió por un lado de la boca del hombre, deslizándose hacia el cuello. Alexei parpadeó, desconcertado, incrédulo.

—¿También está muerto?

Kovenko demoró la respuesta unos segundos. Los necesarios para examinar rápidamente al sujeto.

—No. Pero está muy mal. No me sorprendería nada que muriese en pocos minutos. ¿Decías algo de malos modales?

Su Alteza se miró el puño, en verdad sorprendido.

Sabía que pegaba fuerte, pero mucho menos que Anton, y, desde luego, no lo suficiente para matar a un hombre de un puñetazo en el vientre.

—Regístralos.

Nanette reapareció con una maleta mal cerrada, y de la que colgaba parte de una prenda íntima, cuando Anton Kovenko había vaciado los bolsillos de ambos sujetos. Alexei sonrió tranquilizadamente a la muchacha y se arrodilló junto al montoncito de objetos. Apartó con un dedo las dos pistolas, desdeñó los pañuelos, encendedores, cigarrillos, monedas, cortaúñas... Abrió una de las billeteras y examinó la documentación.

—Éste se llamaba Favre; es el tuyo. Un muchacho privilegiado; había nacido en París. Este otro —abrió la billetera del que manaba sangre por la boca— se llama todavía Laffont. Es más vulgar, nacido en Saint Genis. ¿Qué es esto? —dejó la billetera y tomó un estuche a todas luces de un medicamento, cuya etiqueta leyó rápidamente—. Al parecer, el pobre Laffont está en dificultades de salud; debe tener una úlcera grande como un piano. De modo que queda explicado lo de la hemorragia. Bien, habrá que llamar una ambulancia para que se lo lleven a cualquier hospit...

—Ya no hace falta —movió la cabeza Anton, dejando caer la muñeca del otro—; la palmó, Alteza.

—Bueno —movió también la cabeza Alexei—, la culpa no es mía, sino de él. Si no hubiese tenido tan mala baba, mi puñetazo no le habría matado. Pero con tan mala baba, claro, se le formó una úlcera. ¿No estás de acuerdo?

—Por supuesto, Alteza. Sea como fuere, nos hemos quedado sin uno vivo para hacerle amablemente algunas preguntas.

—No importa —dijo fríamente Alexei—: tenemos a quien hacerle esas preguntas. ¿Lista para el viaje, Nanette? —la miró.

—Sí, sí.

—Pues vámonos.

—Pe-pero... ¡pero no podemos marcharnos dejando a estos dos hombres aquí!

—Como equipaje, te resultarían muy molestos. Salgamos de aquí y no te preocupes por nada. Dame la llave.

Nanette entregó a Alexei la llave del apartamento. Anton se hizo cargo de la maleta de la muchacha y abrió la puerta. Salió el último, cerró la puerta y Alexei echó la llave, guardándosela acto seguido.

—¿Seguro que sólo habían dos en el coche, Anton?

—Claro.

—Bien. ¿Tienes el tuyo cerca, Marya Ivanovna?

Nanette miró con ojos muy abiertos a Su Alteza.

—Sí, está... está en la calle de al lado, a la derecha...

—Saldrás con la maleta, irás directa a tu coche y saldrás de Niza inmediatamente. Te vas a cualquier parte, y no lo dirás a nadie. Ni siquiera a nosotros. Y no vuelvas hasta que cuando llames al hotel te conteste yo personalmente. ¿Está claro?

—Sí, sí.

—¿Tienes dinero?

—Sí...

—Pues eso es todo.

Bajaron. En el portal, Kovenko entregó la maleta a Nanette, que se quedó mirando a

Alexei. Éste la besó en la punta de la nariz y sonrió de un modo extraño.

—Hasta pronto, Marya Ivanovna —musitó.

Nanette salió y ellos lo hicieron segundos después. Fueron tras ella, la vieron subir a su coche y partir, y Alexei señaló hacia donde habían dejado el «Mercedes».

—Me parece que tienes razón —dijo—; ha llegado el momento de utilizar los malos modales.

CAPÍTULO II

Amelie Thiérs-Chateau estaba terminando de vestirse para bajar al comedor cuando sonó la llamada a la puerta de su *suite*. Acabó de ponerse el vestido, metió los lindos pies en los zapatitos, y se acercó a la puerta.

—Soy yo, querida.

Hubo un veloz parpadeo en los ojos de Amelie. Luego, compuso una dulcísima sonrisa y abrió la puerta.

—Alexei... ¿Dónde has estado? Estuve esperándote en el solarío, pero como no aparecías me disponía a almorzar sola...

—Por supuesto que no harás semejante cosa —Alexei la abrazó y la besó en los labios—. Perdona mi incomparecencia, pero te he estado preparando una sorpresa que espero sea de tu agrado... ¿Tienes algún compromiso para esta tarde?

—Claro que no. Salvo contigo, claro.

—Entonces, no hagas preguntas y ven conmigo.

—Como quieras —rió ella—. Pero me gustaría saber...

Su Alteza volvió a besarla, más largamente esta vez. Luego, mientras deslizaba sus labios por el sedoso cuello femenino, dijo:

—Sin preguntas, por favor.

—Está bien.

Un minuto después, estaban junto al «Mercedes», estacionado ante la escalinata del hotel. Amelie miró sorprendida a Alexei.

—¿Dónde está tu criado?

—Le he dejado libre el resto del día. Creo que se irá a Montecarlo. Sí —reflexionó—, seguro, a Montecarlo. Hace unos meses estuvimos allí, y conoció a una mujer entradita en carnes con la que... ¿Te interesan ciertas historias pecaminosas?

—¡Me divierten muchísimo! —exclamó Amelie, riendo.

—Pues te la contaré por el camino. ¡Ssst! Sin preguntas.

Segundos después, Alexei al volante, se alejaban de allí. Poco más tarde, Amelie riendo por la historia de Anton y la mujer entradita en carnes, rodaban por Basse Corniche, dejando atrás Niza. Luego, dejaron la carretera y subieron por otra más estrecha, bordeada de espesos pinares. Finalmente, apareció un camino, de tierra rojiza, y Alexei metió el coche por allí. Un par de minutos más tarde, lo detenía delante de un precioso chalet de tejado rojo y ventanas blancas. Estaba rodeado de jardín, con abundantes pinos. Las paredes casi desaparecían bajo las bonitas plantas trepadoras con rosales mezclados.

—Oh, Alexei... ¿Qué es esto?

—Mientras tú me esperabas en vano esta mañana, yo me dediqué a buscar y encontré un agente inmobiliario que me facilitó esta casita; la he alquilado para un mes, pero si te gusta la compraré. Tal como están las cosas entre nosotros, me parece acertado disponer de un lugar privado y encantador como éste. ¿O no te gusta?

—¡Oh, sí, Alexei! ¡Me gusta muchísimo!

—Vamos allá.

Alexei abrió la puerta utilizando un llavín dorado. Se apartó, señalando el interior.

Amelie entró, él lo hizo detrás, cerró la puerta y la tomó del brazo. Llegaron al saloncito tras cruzar el pequeño recibidor. Había una penumbra fresca y agradable. Alexei abrió un poco los listones de una persiana, y unas franjas de sol iluminaron el saloncito con reflejos dorados. Luego, se acercó a Amelie, sonriendo.

—Alexei, qué lugar tan encantador...

—¿De veras te gusta? ¿De veras, querida?

—Claro que sí. ¡Es delicioso, y lo vamos a pasar...!

¡Plaf!

Fue un bofetón espantoso, que acertó de lleno a Amelie en la mejilla izquierda, la alzó del suelo y la tiró de espaldas en el sofá, en el cual rebotó, para rodar por la alfombra hasta los pies de Alexei. Éste se inclinó, asió a la baronesa por la hermosa mata de cabellos y la puso en pie de un tirón. Amelie no podía verlo, pues tenía los ojos llenos de lágrimas. Todo lo que podía hacer era chillar agudamente... hasta que el puño izquierdo de Alexei se hundió en

su vientre, con amortiguado chasquido. Pareció que Amelie quedase colgando, doblada, del puño de Su Alteza. Pero éste la empujó, dejándola ahora sentada en el sofá.

—Espero que tú no tengas una úlcera, querida.

Amelie no tenía una úlcera, pero estaba casi desvanecida, lívido el rostro de tal modo que la bofetada destacaba como una mancha de fuego en su mejilla izquierda. Alexei sacó su pañuelo y le limpió las lágrimas tras sentarla adecuadamente. La dejó encogida en el asiento, acercó un sillón de un par de puntapiés y se sentó frente a ella.

—Muy bien, baronesa, y ahora charlemos. ¿Quién lo dirige todo? Tómalo con calma, puedo esperar un minuto. Eso es, respira, respira, respira... ¿Te encuentras mejor?

—Alexei, ¿qué... qué significa...?

¡Plaf!, restalló la bofetada de revés en la mejilla derecha de Amelie, que lanzó otro chillido y se protegió la cabeza con las manos.

—El guantazo tiene dos objetivos. Primero, convencerte de que las conversaciones tontas no me vienen de gusto ahora. Segundo, estabas rara con una mejilla blanca y otra roja, así que me ha parecido una cortesía por mi parte igualar el colorido. Sigamos, Amelie, ¿quién dirige esto y dónde está?

—¡No lo sé! ¡No lo sé, lo juro!

Alexei Rachmaninoff estuvo unos segundos contemplando fríamente los desorbitados ojos de la baronesa, fijos en él expresando un profundo terror.

—¿Quieres decir que estamos ante uno de esos fantásticos casos en los que el jefe es un personaje misterioso que nadie conoce?

—Sí... Sí, sí. ¡Te lo juro!

—Pues qué interesante... ¿Y cómo podríamos hacerlo para llegar hasta ese gran jefe misterioso, querida? ¿Se te ocurre algo?

—No... Yo solo... sólo hablo con Roland...

—¿Roland Courcy? ¿Tu amiguito que tan pronto está aquí como allí? ¿Qué te parece...? Vamos a ver si estoy en el buen camino. Tú eres la que das la cara, esto es, debido a tu posición maravillosa en la maravillosa *jet society*, te enteras bien de las cosas... Quién va a hacer una subasta, quién de entre los grandes personajes de Europa resulta más fácil de ser robado, cómo funcionan las alarmas de los

museos o de las casas particulares... Comoquiera que a nadie se le ocurriría desconfiar jamás de ti, obtienes la información necesaria para realizar el robo con cierta facilidad. Entonces, se lo comunicas a Roland Courcy, que no siempre está visible donde estás tú, pero sí está cerca, y siempre estáis en contacto. ¿Es eso, querida?

—Sí, sí.

—Y Roland Courcy se lo comunica al jefe, el cual prepara entonces el robo.

Amelie asintió con la cabeza. Se iba tranquilizando.

—¿Cómo... cómo has sabido que yo tenía algo que ver con todo esto?

—Te lo diré. Los robos se cometían con tal perfección, que era cosa de ponerse a pensar en ello. Hasta el momento, habéis robado en dos museos, una subasta y un domicilio particular. Cuatro lindos robos... excepto por dos detalles: dos hombres muertos. Uno, en un museo, y otro, en el domicilio particular. Reflexionando sobre esto, había que llegar a una conclusión: aquellos dos hombres debían morir, pues de otro modo era imposible el robo. Por lo tanto, sus muertes dejaron de ser consideradas fortuitas o accidentales, para ser consideradas como premeditadas. Y esta premeditación en cometer dos asesinatos tenía una explicación; quien planeaba los robos sabía que no podría llevarlos a cabo sin matar a esos dos hombres. Por lo tanto, sabía perfectamente todo lo concerniente al sistema de alarma y de vigilancia, conocía todos los detalles.

Alexei encendió un cigarrillo y durante unos segundos se quedó mirando el humo, pensativo.

De pronto, miró de nuevo a Amelie.

—La pregunta era: ¿quiénes conocían los sistemas de alarma y de vigilancia? Naturalmente, salieron a relucir muchos, muchos nombres; criados, empleados de los museos, amigos de los damnificados, personal de la empresa que instalaba la alarma... Un montón de gente, desde luego. Pero he aquí un hecho digno de llamar la atención: en los cuatro casos, el nombre de la baronesa Amelie Thiérs-Chateau aparecía en las listas. ¿Casualidad? Quizá. Pero, por si no era casualidad, se decidió un acercamiento a la bella baronesa. El elegido para ese acercamiento fui yo...

—¿Y quién... quién eres tú?

—¿Cómo que quién soy? —alzó las cejas Alexei—. Su Alteza el

príncipe Alexei Rachmaninoff, naturalmente. ¡Y no me digas que tú también quieres verme las nalgas!

—¿Qué... qué...?

—Dejemos eso para más adelante. Como te decía, el encargado para el acercamiento fui yo; muy lógico, teniendo en cuenta que había que «trabajar» nada menos que a una baronesa, ¿no te parece? Y la rueda comenzó a girar. Detalle importante, que olvidaba mencionar, según ciertas averiguaciones, las cosas no les iban muy bien a los Thiérs-Chateau, ni personalmente ni económicamente. Tu padre falleció hace cuatro años, tu madre tuvo un accidente de coche que la dejó inválida en una silla de ruedas para el resto de su vida, la fortuna de los Thiérs-Chateau comenzó a descender... hasta llegar en la actualidad a una cota muy baja. Sin embargo, tú llevabas un tren de vida... adecuadamente brillante, como «corresponde» a una baronesa. Entonces, querida, habían dos soluciones. Una, los Thiérs-Chateau seguían disfrutando de magníficas rentas, quizá debido a una cuenta secreta en Suiza; mal hecho, pero por aquí no podíamos hacer nada. Dos, quizá los Thiérs-Chateau se las habían ingeniado para ir obteniendo ingresos haciendo alguna cosa verdaderamente fea y mala... como robar en dos museos asesinando al guardia de noche; robar en una subasta; robar en un domicilio particular asesinando, *siempre premeditadamente*, a otro vigilante. La verdad es que esta posibilidad nos pareció remota, casi canallesca por nuestra parte la sola idea. Pero el nombre de Amelie Thiérs-Chateau estaba en las cuatro listas. Y entonces, se reciben noticias de la próxima subasta de los de Trevigny. Formidable, el príncipe Rachmaninoff es puesto en órbita para un acercamiento convincente a la baronesa Thiérs-Chateau...

—Fui yo quien te habló a ti en el hotel, no tú a mí...

—Querida mía, nuestro encuentro estaba programado en todos sus puntos; si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Dicho con palabras más claras, si tú no hubieses tenido tanta curiosidad y gusto en relacionarte con un príncipe ruso, yo habría sido quien iniciase el acercamiento, y todo habría sido más o menos igual. Y enseguida de conocerte, me enteré de que piensas visitar a los condes de Trevigny... ¿También en esta subasta va a aparecer el nombre de Amelie Thiérs-Chateau? Sorprendente. Pero

todavía no puedo estar seguro de tu intervención, así que me dejo llevar por la corriente. Habría sido impropio detenerte o abordarte directamente sobre el asunto, ya que no teníamos ninguna prueba y, además, era fácil suponer que no estarías sola para atender un «negocio» como éste. Entonces, había que asegurarse de que tenías algo que ver con todo esto. Y me aseguré.

—¿Te aseguraste? ¿Cómo?

—Me interesé por los condes y por su subasta, delante tuyo hice preguntas sobre el sistema de alarma, demostré gran interés en acudir a la fiesta... y saqué mi pañuelo con un delgado filtro antigás delante tuyo, durante la fiesta. ¿No lo recuerdas?

—Sí —musitó Amelie.

—Primero, claro, para ti fue un simple pañuelo. Pero al saber cómo se había llevado a cabo el robo en la villa de los de Trevigny, comprendiste que yo había sido el director del robo. Y yo quería que lo supieses, querida.

—¿Por qué? —se sorprendió Amelie.

—Porque entonces harías algo contra mí, y eso sería la prueba contra ti que andábamos buscando. Al comprender que yo había arruinado vuestros planes al adelantarme en el robo, teníais que atacarme; eso sí, creyendo que yo era un aventurero sinvergüenza al que había que dar un escarmiento por entrometerse en los planes de vuestra bien dirigida organización. Así que esta mañana me esperaste en la piscina. La idea era tenderme una trampa, llevarme a cualquier sitio donde caería en manos de tus amiguitos. ¿Cierto?

—Sí —sonrió Amelie, ya más acomodada a la situación—. Y no dudes de que nos habrías dicho dónde tienes lo de los condes de Trevigny.

—¡Pero si no tengo inconveniente alguno en decírtelo, querida...! Aunque eso será más tarde. Hablemos ahora de Nanette Bertin.

—¡Esa estúpida!

—Sólo una persona de buena fe. Te diste cuenta de que te sonsacaba, y que creía que yo era el ladrón, ¿verdad?

—¡Claro que sí!

—Y pensaste que, si me denunciaba, la policía me detendría, naturalmente... con lo cual tú y tus amiguitos ya no podríais quitarme el botín. ¿Es así, mi amor?

—Por supuesto —casi rió Amelie.

—Así que pasaste aviso a Roland Courcy. Y éste envió a dos asesinos a eliminar a Nanette Bertin, para evitar que me delatase a la policía.

—¿Cómo sabes eso? —se sobresaltó Amelie.

—¡Pero, mi amor, no seas cretina...! Las cosas ya estaban llegando demasiado lejos, así que había que terminar. Vuestros dos asesinos están muertos y, espero que lo hayas comprendido, esto de traerte aquí ha sido una trampa para ti. ¿No lo habías comprendido?

—No he tenido más remedio —sonrió Amelie—. Lo que me sorprende es que no esté tu criado contigo.

—Se fue con Nanette lejos de aquí, para asegurarnos de que nada le iba a ocurrir a la muchacha.

—Ya. ¿Se han llevado el botín de anoche?

—Ah, no... El botín está a salvo, en lugar seguro.

—¿Dónde?

Alexei Rachmaninoff vaciló visiblemente, pero acabó sonriendo, con expresión felicísima.

—Te diré dónde está. ¿Tú crees en Papá Noel?

—No digas tont...

Amelie Thiérs-Chateau se quedó con la boca abierta bruscamente. Alexei amplió su sonrisa, acercó un cenicero y aplastó el cigarrillo en él, apagándolo.

—En efecto —asintió—; Anton y yo lo colocamos todo en la chimenea. Todo está allá, colgando de unos fuertes clavos por medio de hilos de nylon. ¿No es fantástico?

—Y muy inteligente... —susurró Amelie—. De este modo, sólo tenéis que esperar que pase el tiempo, y cuando los de Trevigny se vayan de Niza, vais a la villa, en la que claro está, ya no habrá vigilancia, y os lleváis tranquilamente todo.

—No, mujer... ¿No comprendes que no podemos hacer eso? Lo que haremos será devolvérselo todo al conde, naturalmente. Lo del robo sólo fue realizado para obligarte a reaccionar. Y ya has reaccionado. Ahora, mi organización te meterá en la cárcel y devolverá sus pertenencias a los de Trevigny.

—¿Y cuál es tu organización?

—¿No lo has comprendido? ¿Ni siquiera recordando que uno de

los hombres que asesinasteis en aquella subasta era un criado alemán de los también alemanes Von Stigman?

—¿La Interpol? —casi gimió Amelie.

—¡Premio para la baronesa! En efecto, la Interpol.

—Pero entonces... ¿quién eres tú?

—¡Y dale! ¿Es que un príncipe no puede ser un agente volante de la Interpol? En España, por ejemplo, tengo un amigo que se llama... Pepe, que es duque, y que también trabaja con la policía española en asuntos internacionales. Claro que eso sólo lo saben los señores de la Dirección General de Seguridad de España. En cuanto a mí, comprenderás lo utilísimo que puede llegar a ser un príncipe en la policía francesa, afecto a los asuntos internacionales.

—Entonces... ¿eres realmente Alexei Rachmaninoff?

—Veo que tendré que enseñarte las nalgas —suspiró Alexei—. Pero quizá lo haré cuando salgas de la cárcel, dentro de un montón de años. Ahora, vamos a ocuparnos de asuntos más serios. Quedamos en que no sabes quién es el jefe supremo.

—No.

—Pero tu amigo Roland sí lo sabe.

—Sí.

—Bien... Entonces, tendré que preguntárselo a él. ¿Dónde está ahora?

Amelie sonrió dulcísicamente.

—Justo detrás de ti, querido Alexei.

CAPÍTULO III

Las palabras parecieron quedar flotando en el aire como si fuesen tangibles. Alexei Rachmaninoff sonrió encantadoramente.

—Vamos, vamos, Amelie, ¡no seas tontita, cariño! En esta casita...

—Me parece, Alteza —dijo tras él la voz de Roland Courcy—, que aquí no hay más tonto que usted.

El príncipe Rachmaninoff se estremeció brevemente al oír la voz de Courcy. Luego, estuvo unos segundos inmóvil. En efecto, al estar de frente a Amelie, estaba de espaldas al recibidor. Y la voz había sonado allá, en la puerta del saloncito... Se volvió, lentamente. En la puerta no sólo estaba Courcy, sino dos hombres más, éstos empuñando sendas pistolas.

Alexei suspiró y volvió a mirar a Amelie.

—Tonto no soy —murmuró—, pero sí he sido bastante ingenuo; debí comprender que tendrías las espaldas guardadas en todo momento, por lo que pudiera pasar. Mala suerte.

—Mala suerte para todos —dijo secamente Amelie—. Porque después de esto, todo lo que podemos hacer es matarte y escapar, ya que supongo que cuando se sepa que has muerto, la Interpol se lanzará como una jauría tras de mí.

—Evidentemente. Pero quizá podamos llegar a un acuerdo, Amelie. Como bien sabes, una vez descubierto todo, es prácticamente imposible que tú y tus amigos podáis escapar a la Interpol. Vayáis al país que vayáis, la policía internacional os encontrará.

—Podemos ir a un país que no pertenezca a la Interpol.

—¡Son tan pocos...! Por otra parte, existen los tratados de extradición. Y, finalmente, queda Anton.

—¡Esa bestia peluda!

—Debo admitir que es feo —asintió Alexei—. Y también peludo. Pero, como ya conversamos ayer, Anton Kovenko, interiormente, es una auténtica obra de arte. Permíteme que te hable sólo un par de minutos de Anton, por favor. Efectivamente, él también es de ascendencia rusa; su familia servía a la mía qué sé yo cuánto tiempo hace... Al llegar a Francia, los Kovenko se empeñaron en seguir al servicio de los Rachmaninoff, pese al sistema de vida democrático del país, tan diferente al de la Rusia de hace tiempo. Para no alargarlo demasiado, te diré que, con el paso de los años, las cosas fueron cambiando muy delicadamente. En la generación actual, los Rachmaninoff y los Kovenko son, simplemente, amigos. Pero no unos amigos cualesquiera, no... La amistad es hasta la muerte. En cuanto a lo de que Anton es una bestia, pues te diré... No estoy de acuerdo del todo. Por un lado, resulta que cuando yo empecé a estudiar Arquitectura en París, Anton tenía ya en el bolsillo su título de ingeniero electrónico. Ahí donde lo ves, es todo un cerebro. De tonto no tiene ni un pelo. Incluso debo confesarte que la idea de meternos a servidores de la ley internacional fue de él. «Alteza —me dijo cuándo comprendió que yo me aburría mortalmente con mi trabajo de arquitecto—, ¿qué tal si nos dedicamos a algo que esté más de acorde con nuestras posibilidades? Podríamos meternos a espías o algo así, algo que tenga un poquito de acción. ¡Me muero de aburrimiento, Alteza!». Y dicho y hecho, nos metimos en este juego del bueno contra el malo. De eso hace más de tres años, Amelie, y durante ese tiempo hemos sido el tándem prodigio de la policía francesa. Somos verdaderamente útiles y, además, lo pasamos estupendamente juntos, a nuestra manera. La verdad es que si al buen Anton Kovenko le priváis de la compañía de su príncipe, de su niño bonito, de su AMIGO... no quisiera estar en vuestro pellejo, porque entonces sí que os daréis cuenta de lo muy bestia que puede llegar a ser Anton. Y de él, desde luego, no escaparéis, aunque os escondáis en el mismísimo infierno. De modo que... ¿hacemos el trato? Por el bien de todos, Amelie.

Hubo unos segundos de silencio.

Luego, sonó de nuevo la voz de Roland Courcy:

—Ahora que ya ha terminado ese cuento de miedo, Amelie, ¿lo matamos y nos vamos ya?

—Espera —murmuró Amelie—. En cierto modo, Alexei tiene razón. Tarde o temprano nos encontrarían. ¿Cuál es tu trato, Alexei?

—Entregaros. Decidnos quién asesinó a los dos vigilantes, señaladnos a vuestro jefe supremo y devolved lo robado, si es que todavía lo tenéis. A cambio de ello, aquellos de vosotros que no hayan matado, podrán salir librados con unos pocos años de prisión.

—¿Y qué más? —dijo sarcásticamente Courcy, apareciendo en el campo visual de Alexei—. ¿Nos darán un caramelo?

—No sea obtuso, Courcy. La cosa es seria. Usted está sosteniendo su tren de vida, como Amelie, a base de delitos en los que se ha vertido sangre. Mi consejo es que olviden eso y que acepten vivir de acuerdo a sus posibilidades... cuando salgan de la cárcel.

—¿Quiere decir vivir como... pobres?

—La mayor parte de la humanidad vive así, ¿no lo sabía?

—Es muy fácil hablar, Alexei —musitó Amelie—. Pero ¿cómo se puede vivir como tú dices? ¡Qué fácil parece para ti!

—¿Y por qué no? Si la historia hubiese evolucionado de otro modo, quizá yo sería príncipe en Rusia. Pero sólo soy un simple ciudadano francés. Como miles de millones de personas, vivo de mi trabajo y de acuerdo a los ingresos de mi trabajo...

—La fortuna de los Rachmaninoff...

—¡Qué tonterías dices! —rió Alexei—. ¡La fortuna de los Rachmaninoff! ¿Sabes cuál es toda mi fortuna? La tienes ante ti: mis manos, mi cabeza, mi corazón. Es una fortuna maravillosa... y que está al alcance de todos. De todos los que sepan darle su inapreciable valor. Todo lo demás va y viene; día y noche, sol y estrellas, agua y fuego, frío y calor, vida y muerte... ¿La fortuna de los Rachmaninoff? Es enorme, aquí la tienes; soy yo.

—Está como una cabra —refunfuñó Courcy—. Matémosle y vámonos, Amelie.

—Piénsalo bien, Amelie —insistió Alexei.

—Lo siento —negó ella—. Si sólo puedes ofrecirme lo que has dicho, no me interesa. No puedo aceptar, Alexei. No puedo, es imposible.

—No es imposible, Amelie. Y no creas que es por mi vida que

estoy...

—¡Te digo que es imposible! —chilló Amelie—. ¡Matadlo ya!
¡Crack!, restalló el disparo.

Pero no fue Alexei quien recibió la bala. En primer lugar, porque no iba dirigida contra él, y en segundo lugar, porque cuando sonó el disparo Alexei Rachmaninoff ya no estaba en el sillón. Mientras él saltaba hacia Roland Courcy, uno de los hombres que había en la puerta era impulsado al interior del saloncito por el balazo en la nuca, que lo mató instantáneamente, derribándolo de bruces tras el grotesco y trágico salto.

El otro hombre no se dio cuenta de esto. No se dio cuenta de que su compañero acababa de morir. Sólo oyó un estampido que lo ensordecía y, creyendo que era su compañero quien había disparado, fallando, de modo que Su Alteza había podido atacar a Roland Courcy, giró el cuerpo hacia ambos, sacando la pistola y disparando sin tiempo para reflexionar, para comprender.

Justo en el momento del disparo, Alexei llegaba ante Roland Courcy, pasaba tras él con ágil movimiento y su brazo derecho rodeaba la garganta de Courcy, obligándole a colocarse ante él.

Courcy lanzó un berrido cuando la bala que había partido destinada a Alexei se hundió en su estómago. Todo su cuerpo se relajó bruscamente y sus ojos se desorbitaron, fijos en el hombre que había disparado y que ahora, lívido como un cadáver, se daba cuenta de lo que había sucedido; alguien, en alguna parte, había disparado, matando a su compañero, y él, al querer matar a Rachmaninoff, había herido a Courcy.

Todo esto, en menos de un segundo. En menos de un segundo, el hombre comprendió que el disparo había llegado por detrás. Y entonces, lanzando un grito de sobresalto y furia, se volvió...

¡Crack!

Una millonésima de segundo antes de que la bala se hundiese en su frente, matándolo en el acto, el hombre aún pudo ver, nítidamente, la imagen de Anton Kovenko, de pie tras él... Acto seguido, ya se derrumbaba violentamente lanzando la pistola al aire, ciegos para siempre sus ojos.

Todavía estaba cayendo cuando Kovenko aparecía en el saloncito, caliente en su mano la pistola, girando velozmente los ojos hacia donde había estado oyendo la voz de Alexei. Sabía que

aprovechando su intervención, Alexei era perfectamente capaz de controlar a un hombre solo, aunque estuviese armado. Pero, además de esto, Roland Courcy no sólo estaba desarmado, sino que pendía flojamente del brazo de Alexei, que rodeaba su garganta.

—¿Estás bien, Alteza? —preguntó agitadamente Kovenko.

—Sí. Vamos a...

Siempre, todas las cosas importantes y terribles suceden en menos de un segundo. Siempre. En menos de este tiempo, Amelie Thiérs-Chateau comprendió la verdad. La trampa de Alexei Rachmaninoff había sido completa y perfecta. Su amigo Kovenko no había ido a parte alguna con Nanette Bertin; lo que había hecho su amigo Kovenko había sido precederle hacia el chalet, entrar, esconderse y esperar allí el desarrollo de los acontecimientos, por si Alexei podía solucionar las cosas con elegancia. Gomo no había sido así, Kovenko, que había asistido impávido a la entrada de Courcy y los otros dos utilizando una ganzúa, había intervenido, simplemente, en el momento oportuno para Alexei.

Y ahora, con aquella velocidad lumínica de pensamiento, Amelie comprendió que el juego había terminado, que sus cómplices habían muerto, que Roland Courcy iba a morir de un momento a otro, y que ella quedaría a merced de la Interpol, representada por los dos agentes de procedencia rusa. Y por último, siempre a una velocidad mental inmensurable, Amelie Thiérs-Chateau comprendió que si quedaba en manos de la Interpol, tendría que decir la verdad, la obligarían a ello fuera como fuese; a las buenas o a las malas, con métodos normales o utilizando drogas...

Y estaban todavía vibrando en el aire las palabras de Alexei «vamos a...» cuando Amelie lanzó un alarido espeluznante:

—¡Nooooo...!

Pareció salir catapultada del sofá.

Rodó por el suelo, giró, empuñó la pistola que había perdido uno de sus cómplices, y se volvió hacia Alexei y Courcy. Su bello rostro estaba descompuesto, desencajado en una horrenda mueca de miedo y furia. Por un instante, ante sus ojos inyectados súbitamente en sangre, vio a los dos hombres, por encima de la pistola...

¡Crack!

—¡AAAAaaaaAAaaahhh...!

Fue un alarido de auténtica fiera el que lanzó Amelie al recibir

el balazo. Soltó la pistola, rodó por el suelo y finalmente quedó cara al techo, con los ojos muy abiertos, casi fuera de las órbitas.

—¡Por Dios...! —exclamó Alexei, pálido.

También Anton Kovenko tenía los ojos muy abiertos, y estaba pálido. Miró a su amigo, y tartamudeó:

—Te... te iba a disparar, Alexei... Ella iba... iba a... a dispararte...

Alexei Rachmaninoff cerró los ojos, y suspiró profundamente.

—Mira a ver si puedes hacer algo por ella —dijo con voz un tanto aguda—. Yo me las entenderé con Courcy.

Kovenko caminó hacia Amelie, igual que un autómatas, guardando la pistola. Alexei colocó a Courcy en un sillón, y de un tirón desgarró la ropa, dejando al descubierto la herida. Se mordió los labios, y estuvo contemplándola como alucinado durante unos segundos.

—Courcy... Courcy, ¿puede oírme?

Los velados ojos de Roland Courcy se movieron, y sus labios temblaron fuertemente.

—No quiero morir... —alentó—. No quiero... morir... por favor, no quiero... no qui... quiero mo... morir...

Alexei miró hacia Amelie y Anton. Éste sostuvo su mirada, señaló a Amelie y movió negativamente la cabeza. Todo había terminado para la bella baronesa. Todo llega. Llega la vida, llega la muerte, llegan el sol y la luna...

Rachmaninoff tragó saliva y miró de nuevo a Courcy. También él iba a morir. Y muy pronto. Sólo había que ver el color de su rostro, el brillo cristalizado de sus ojos y sus facciones, que parecían estirarse. Iba a morir y, si esto sucedía, la Interpol no habría conseguido realmente nada con aquella acción. Habrían cortado los tentáculos del pulpo, pero la cabeza seguiría nadando por turbias aguas de robos y crímenes premeditados, fríamente planeados.

—Courcy —dijo con voz tensa Alexei—, está grave, va a morir si no lo llevamos rápidamente a un hospital. ¿Quiere que lo llevemos a un hospital?

—Sí... Ssssí, sí, s-s-síiiii...

—Está bien. Lo vamos a hacer en el acto. Pero antes, díganos quién está dirigiendo todo esto. Sólo un nombre, Courcy. Sólo un nombre y lo llevaremos a un hospital. ¿Cuál es el nombre?

—No... No puedo decirlo, no...

—¿Prefiere morir? De acuerdo.

—¡No! Lo diré... Lo... lo diré... Amelie... ¡Amelie!

—¿Es Amelie?

—No, no... Quiero... quiero que Amelie me perdone, quiero que entienda que no tengo más... más remedio que...

Todo llega.

Llega la vida, llega la muerte...

Roland Courcy recibió justo en aquel instante a la muerte. Su cuerpo sufrió una fuerte sacudida, se crispó, quedó rígido un par de segundos y luego pareció un sorprendente globo que se deshincha, relajándose lentamente perdiendo volumen, como consumiéndose. Su mirada quedó fija en el techo.

Alexei se dejó caer sentado en el suelo y se pasó las manos por la cara. Cuando miró a Kovenko, éste lo estaba mirando a él fijamente.

—Alexei —musitó Kovenko—, lo siento, pero ella iba a disparar, podría haberte matado. Nos quedamos sin saber la verdad, pero prefiero eso a...

—Lo sé, Anton. Yo habría hecho lo mismo. ¿Pusiste todos los dispositivos en marcha?

—Claro. Si no han entrado ya supongo que ha sido por temor a complicar la situación todavía más.

—¿Más? Eso ya no es posible —murmuró Alexei, alzando la cabeza, como buscando algo por el techo o las paredes—. Ya pueden venir todos, señor.

Se quedó sentado, sombrío el gesto. ¿De qué había servido todo? De nada. La operación «Príncipe Rachmaninoff» había sido cuidadosamente planeada desde el principio, partiendo de la sospecha ocasionada por la presencia de Amelie Thiérs-Chateau en las listas de las personas que de un modo u otro habían estado cerca de los lugares donde se habían cometido los cuatro robos anteriores, con dos asesinatos. Se había tenido en cuenta hasta el más insignificante detalle al respecto. Había sido, en verdad, un milagro de la investigación burocrática de la policía francesa. Y después de tanto trabajo, después de producido el milagro de localización de un tentáculo, todo se había venido abajo.

Y Roland Courcy ni siquiera había tenido tiempo de revelar el nombre de la persona que lo dirigía todo.

Al llegar Kovenko antes que Alexei al chalet, había preparado los micrófonos, y afuera, rodeando la casa, personal de la Interpol había estado esperando que un nombre fuese pronunciado, quedando grabado en sus aparatos. Ahora, ni tenían grabado ese nombre ni tenían a nadie vivo a quien poder interrogar adecuadamente.

Quizá por eso, cuando varios hombres entraron en el saloncito, uno de ellos, de unos sesenta años, cabellos blancos, rostro pálido, elegante figura, se acercó a Alexei, fruncido el ceño. Y se acucilló ante él.

—Se lo dije, Alexei; habría sido mejor que también nosotros hubiésemos estado aquí dentro, no sólo Kovenko.

—Lo siento, señor. Estaba convencido de que alguien vendría tras Amelie y yo, pero creí que Anton y yo podríamos dominar la situación.

—No ha sido así, ¿verdad?

—Bueno, ha sido todo tan rápido... Creo que... Bien, me parece que todos hemos sido demasiado... obcecados. ¿Han conseguido grabar lo que se ha hablado aquí?

—Claro. Todo ha sido grabado. Pero dígame, Alex, ¿de qué va a servirnos? Dentro de un mes o de un año, el cerebro director de esto volverá a encontrar personal para seguir robando y matando a quien haga falta, y ocasionando incluso molestias internacionales... ¿No es así?

—Lo siento, señor. Es la primera vez que Anton y yo fracasamos... Creo que debería ser un poco más tolerante con nosotros, señor.

Monsieur Larrain, uno de los altos jefes de la Interpol, destinado expresamente desde París para apoyar la acción de los agentes volantes especiales Anton Kovenko y Alexei Rachmaninoff, se sentó en el suelo junto a éste, y sonrió, moviendo la cabeza.

—Bueno —dijo—, creo que alguien estará contento con todo este trabajo, al menos. Los condes de Trevigny. Por lo demás, sólo tenemos unos cuantos cadáveres y unas cintas grabadas que no van a servirnos de gran cosa. En realidad —movió la cabeza con gesto de pesar—, por quien más lo siento es por la baronesa madre, Charlotte Thiérs-Chateau... Una pobre inválida, Alex. Me pregunto quién y cómo va a darle la noticia de lo ocurrido a su hija, y en qué

circunstancias... ¿Se le ocurre alguien capacitado para esa misión, Alteza?

Alexei Rachmaninoff miró con ojos desorbitados a su superior.

—Oh, no —gimió—. ¡Oh, no! ¡Yo, no!

CAPÍTULO IV

El «Mercedes»

220 S

se detuvo delante del pequeño castillo de paredes de bloques de granito cubiertos de hiedra. Habían llegado allí por un estrecho sendero que subía, subía, subía... En el sur de Francia, el sol hacía arder las piedras y centellear el Mediterráneo, tibias las aguas.

Allí, en el Norte, después de más de diez horas de viaje, la cuestión climatológica se solucionaba de modo bien diferente. Habían salido a las ocho de la mañana de Niza. Ahora, a las seis y unos minutos, en Niza todavía era pleno día. Allí también... pero los densos nubarrones grises que amenazaban lluvia adelantaban la fría oscuridad de la noche. Había grandes pinabetes, extensas zonas de prados, musgos... El cielo estaba henchido de lluvia inminente.

Anton Kovenko salió del coche, se colocó junto a la puerta de atrás del mismo lado y la abrió. Su Alteza el príncipe Alexei Rachmaninoff se apeó, lentamente, mirando hacia el pequeño castillo que parecía un montón de musgo perforado por pequeños ojos de luz amarillenta, las ventanas. Un soplo de aire frío agitó los largos cabellos de Alexei, que miró los de Kovenko, cortados a estilo cepillo, y sonrió; sonrió como si le estuviesen dando un pellizco en el estómago.

—Hermoso lugar, ¿verdad?

—Debiste negarte con más energía a venir tú.

—¿Con más energía aún?

—Pudiste amenazar al jefe con retirarte de la Interpol. Al fin y al cabo, eres arquitecto; podrías vivir construyendo edificios.

—¿Como ése? —señaló Alexei.

Kovenko puso gesto de horror. Sonrieron los dos, y Alexei

encogió los hombros.

—Bueno, vamos allá.

—No *vamos*, Alteza; *vas*.

—¡Hombre, Anton!

—Ni Anton ni narices. Tú eres el príncipe, ¿no? ¿Cuándo se ha visto a un criado sustituyendo a su amo en misiones tan delicadas y que requieren tanta delicadeza?

—Eres un pésimo amigo.

—Seguro —sonrió Anton—. Pero yo me quedo aquí, bien calentito en el coche, leyendo algo.

Alexei Rachmaninoff refunfuñó algo, pero acabó encogiéndose de nuevo los hombros y se dirigió hacia la puerta. Una gran puerta, que abrió un criado alto, muy pálido, de expresión inescrutable.

—Quisiera ver a la señora —murmuró Alexei—. Por favor, dígame que está aquí Alexei Rachmaninoff.

—¿Quién? —se sorprendió el hombre.

—Su Alteza el príncipe Rachmaninoff; le traigo noticias de su hija Amelie.

—Tenga la bondad de pasar, por favor.

—Gracias.

El criado lo llevó a un horrendo salón, y lo dejó allí. Regresó tres o cuatro minutos más tarde.

—La señora baronesa le recibirá, Alteza.

Alexei dejó de mirar los libros que atestaban una librería enorme, y fue hacia la puerta. Cruzaron el gran vestíbulo, y el criado abrió otra puerta, frente a la del salón. Alexei entró y enseguida vio a la mujer.

Estaba sentada en una silla de ruedas, y tenía un libro en las manos. De un rápido vistazo, Alexei abarcó la estancia, mucho más pequeña que la otra, ambientada de modo más agradable. Luego, mientras se acercaba, dedicó toda su atención a la dama. Debía tener unos cincuenta años y, pese a su invalidez debido al accidente automovilístico, había un cierto aire de energía en su cuerpo. Sus facciones eran todavía muy agradables. Muy bien peinada, discreta y elegantemente maquillada, con algunos mechones de cabellos grises, resultaba una imagen perfecta de la aristocracia.

—Buenas tardes, señora —se inclinó Alexei—. Alexei Rachmaninoff; mis respetos.

Charlotte Thiérs-Chateau le tendió la mano, sonriendo.

—Sea bien venido, Alteza. Y perdóneme si le parezco un poco sorprendida.

Alexei besó la mano y se irguió, un poco tenso.

—Espero no importunar. Y por otra parte, supongo que mi nombre no le dice gran cosa. Sólo he ven...

—¡Claro que su nombre me dice muchas cosas, Alteza! Soy una fanática de la aristocracia y la realeza europeas. Conozco a todas las familias de Europa y, ciertamente, los Rachmaninoff no son unos desconocidos para mí. Oh, pero siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo, Alteza? —la dama sonrió encantadoramente—. Puedo ofrecerle té o *whisky*... ¿No se sienta?

Alexei se pasó la lengua por los labios.

—Señora, he venido a traerle una mala noticia.

Charlotte Thiérs-Chateau palideció ligeramente.

—¿Una mala noticia? —susurró—. ¿Sobre qué?

—Su hija ha fallecido, señora.

Charlotte palideció ahora intensamente. Sus manos se crisparon en los brazos del sillón rodante. Su mirada pareció penetrar en los ojos de Rachmaninoff... Se quedó así, inmóvil. Alexei volvió a pasarse la lengua por los labios, miró alrededor rápidamente y vio la campanilla de plata sobre una mesita cercana. Se acercó y la agitó. La puerta del saloncito privado se abrió en el acto y apareció el criado.

—Traiga un poco de coñac —pidió Alexei.

El criado miró a la baronesa, parpadeó y desapareció. Alexei volvió a mirar a la dama, que seguía mirándole a su vez, con una fijeza terrible.

—¿Cómo ha sido? —apenas se oyó su voz.

—Si me lo permite, señora, pospondré esa explicación. Me parece más acertado que antes tome usted un sorbo de coñac —Alexei sonrió desganadamente—. En realidad, el coñac no sirve de nada; incluso resulta más bien perjudicial. Pero la costumbre, y quizá una psicosis al respecto, lo convierte en bueno... Lamento ser el portador de tan triste noticia, señora.

—¿Puede darme un cigarrillo?

—Con mucho gusto.

Le ofreció el cigarrillo, y se lo encendió; Charlotte se quedó

mirando el humo, mientras Alexei la miraba a ella, admirado del modo en que la dama había encajado la noticia. Sin gritos, sin histerias, sin una sola lágrima, sin desespero aparente...

El criado apareció con una bandeja en la que habían dos copas de coñac. Alexei se acercó, tomó una y señaló la mesita, dando a entender que no necesitaban más. Mientras él colocaba la copa en la mano de Charlotte, el criado dejó la bandeja sobre la mesita y se volvió.

—Jean, no te vayas —musitó Charlotte.

El criado quedó inmóvil cerca de ella. Alexei lo miró, y miró de nuevo a la baronesa.

—Me parece más oportuno que la explicación sea en privado, señora.

—No.

—Como guste. ¿Se encuentra mejor?

—Estoy bien. Siéntese y dígame qué ha sucedido.

Alexei ocupó una butaquita delante de la dama, y comenzó la explicación, al principio un tanto turbado y nervioso, pero muy pronto con plena seguridad en la voz, posiblemente animado por la actitud serena y tranquila de Charlotte Thiérs-Chateau.

Cuando terminó la explicación, hubo unos segundos de silencio. Charlotte terminó el coñac, y susurró:

—Es increíble y horrible. Mi pobre hijita... Y todo eso, ¿para qué? Usted ni siquiera ha conseguido saber quién es la persona que ha estado dirigiendo todo esto, Alteza.

—Se equivoca, señora.

Charlotte lo miró vivamente.

—¿Me equivoco? —alzó las cejas.

—Temo que sí. Realmente, mi objetivo es localizar a esa persona, y no pienso descansar hasta lograrlo. No lo tome como terca vanidad; es sólo que tengo el convencimiento de que la muerte de Amelie, Courcy y los demás, que sin duda formaban el grupo activo, no impedirá que esos robos sigan llevándose a cabo. Es muy posible que Amelie sea sustituida por otra persona de sus condiciones sociales, así que todo seguiría más o menos igual. Pero eso no sería lo más malo.

—¿Qué quiere decir? ¿Todavía puede ser peor?

—Así lo pienso, señora. Una mente como la que ha estado

planeando los robos y los asesinatos partiendo de las informaciones de su hija, no va a... retirarse por la muerte de ella. Quizá, por necesidad de dinero. Pero, sinceramente, yo lo veo de otro modo. De un modo que, en el futuro, sería peor.

—No le comprendo a usted... ¿A qué se refiere, de quién sospecha?

—En realidad, mis sospechas son tan... brutales que ni siquiera las he comentado con mi compañero habitual de trabajo. Durante todo el viaje hasta aquí, he venido pensando, pensando, pensando... La conclusión a que he llegado, basado en el repaso mental de lo que se habló en el chalet, y cuya grabación escuché luego varias veces, es que la persona que ha estado dirigiendo a su hija quizá tenga que modificar su sistema. No podrá confiar en nadie como en su hija, señora. Entonces, esa mente lúcida y criminal buscará otros derroteros para sus planes delictivos. Se las ingeniará para seguir obteniendo dinero, pero todavía odiará más el mundo que le rodea. Y eso puede llevarla a planear simples asesinatos, a organizar algo parecido a una sociedad criminal por encargo... Sea como fuere, se las arreglará para seguir delinquiendo y, ahora, con mucho más odio.

—Pero... ¿por qué con más odio? Y... ¿de dónde saca usted que esa persona está llena de odio hacia todos?

—Lo he visto en sus ojos, señora.

Charlotte Thiérs-Chateau se tensó bruscamente.

—¿En mis ojos? —exclamó.

—Sí, señora. ¿Sabe lo que he estado recordando durante el viaje hasta aquí? Pues unas palabras de Roland Courcy, y algunas de Amelie... Amelie se puso casi histérica cuando temió la posibilidad de que yo supiese el nombre de la persona que la ha estado dirigiendo; en cuanto a Roland Courcy, cuando se disponía a decirme el nombre de esa persona, suplicó el perdón de Amelie, quería que ella le comprendiese, que aceptase que él no tenía más remedio que decir un nombre... Y ésa fue la clave. ¿Por qué se puso tan histérica Amelie, y por qué Courcy le pidió perdón por disponerse a decirme el nombre de su jefe?

—No lo sé... ¿Llegó usted a una conclusión?

—No estaba muy seguro. Incluso me parecía bestial por mi parte pensarlo. Pero, como le he dicho, ya he visto sus ojos, señora. En

ellos, aun antes de recibir la noticia de mis labios, ya latía el odio; allá, en el fondo, una extraña luz de furia, de odio. Usted se estrelló con un coche, y ahora odia a los demás, como si hubiesen tenido la culpa. Usted se consumía de odio aquí, en este horrendo lugar, adonde sabía que pocas personas vendrían a verla, inválida, avejentándose más rápidamente que si hubiese estado normal. Se consumía de odio, se le terminaba el dinero... Ése fue el punto de partida. Luego, su inteligencia se fue sobreponiendo a todo sentimiento. No tenía nada que hacer. No había nada que pudiese hacer... Sólo pensar. Y una persona inteligente que se pone a pensar, puede encontrar algo beneficioso para el mundo... o puede encontrar algo que la satisfaga solamente a ella, a sus ambiciones o necesidades... y a su odio. ¿No es así, señora?

—¿Usted... está diciendo que yo soy la persona que dirigía, que planeaba los robos y los asesinatos?

—Sí.

—Es usted un joven muy inteligente, Alteza.

—¿Inteligente? Bien, sí, lo soy bastante, es cierto. Pero no ha sido mi inteligencia la base de mi descubrimiento, sino mi humanidad. Voy conociendo a los seres humanos, ese desdichado ejemplar de la fauna del planeta Tierra... y cuanto más los voy conociendo, más y más triste me voy sintiendo. Por fortuna, siempre hay ejemplares puros, con luz de amor en sus ojos.

—¿Pero yo no?

—No, señora.

Charlotte Thiérs-Chateau quedó pensativa unos segundos, inescrutable el rostro. De pronto, sin alzar la cabeza, ordenó:

—Mátalo, Jean.

Alexei Rachmaninoff palideció... pero su capacidad de reacción era demasiada para dejarse matar mansamente. Mientras saltaba con toda su fuerza hacia Charlotte, sacaba su pistola y giraba en el aire hacia el criado, que sacaba también la suya.

El choque contra Charlotte fue tremendo, tanto, que el sillón volcó. Alexei pasó por encima del sillón y de Charlotte, que gritaba como enloquecida dando órdenes a Jean para que matase a Su Alteza el príncipe Rachmaninoff...

...El cual rodó por el suelo, saltó hacia su derecha, se puso de rodillas y se encaró con Jean, que le había seguido con su pistola,

apuntándole en todo momento.

¡Crack!, crujió la pistola de Alexei.

La bala acertó en el ojo derecho a Jean, que lanzó un berrido mientras caía hacia atrás, de modo que su disparo fue a dar en el techo.

Alexei siguió con la mirada la caída del criado, y se quedó mirándole con expresión desorbitada, todavía lívido. En alguna parte se oían voces femeninas con tono de alarma. Eso, a pesar de que Charlotte Thiérs-Chateau, caída en el suelo, se arrastraba hacia la pistola de Jean, sin dejar de gritar:

—¡Mátalo, mátalo, mátalo...!

Sus dedos estaban ya muy cerca de la pistola cuando Alexei reaccionó de su espanto, respingando. Se puso en pie de un salto, corrió hacia allí y apartó la pistola de un puntapié, enviándola a un rincón. La baronesa seguía chillando como una loca. La puerta se abrió, y aparecieron dos mujeres; una joven, la otra mayor, cubierta con un delantal blanco. Las dos estaban mirando la escena mudas de terror cuando en alguna parte se oyó ruido de cristales rotos, luego pisadas y la bronca voz de Anton Kovenko llamando a Alexei... Sólo tres segundos más tarde, las dos mujeres eran apartadas y Kovenko aparecía en la puerta, pistola en mano, haciendo girar los desorbitados ojos hasta que divisó a Alexei.

—¿Estás bien? —gritó—. ¿Estás bien, Alexei?

Su Alteza el príncipe Rachmaninoff quiso hablar, pero no le salió la voz. Tuvo que hacer un esfuerzo para conseguirlo:

—Busca un teléfono y llama a la policía local, Anton.

ESTE ES EL FINAL

Anton Kovenko abrió la puerta de la *suite*, y sonrió al ver a la persona que había llamado.

—Pero ¡a quién tenemos aquí...! —exclamó—. ¡Nada menos que la tía buena!

—Su Alteza me... me ha mandado llamar.

—Sí, lo sé —frunció el ceño Kovenko—. ¡Siempre se queda con lo mejor! Pero ya estoy harto... ¡Harto! ¡Vamos, que estoy hasta los... lóbulos de las orejas! ¿Me entiende usted? ¡Así que me largo!

—¿Se... se va usted... del hotel?

—¡Naturalmente! —Anton alzó una maleta que ya tenía preparada junto a la puerta—. Nos han dado unas cortas vacaciones, y yo también quiero aprovecharlas. ¿Le parezco feo? ¡Diga la verdad!

—La... la verdad,
pu-pues...
pues sí... Un... poquito...

—Sí, ¿eh? Bueno, pues se lo voy a decir. Voy a Cannes donde, aunque usted no quiera creerlo, hay una nena que está suspirando por mí como una loca. Y entérese, si usted es guapa, ella le da ciento y raya. ¿Está claro?

—Sí... Sí, señor, sí...

—¡Ajá! Bueno, adiós... y felicidades. ¡Y quítese ya de mi camino!

La asió de un brazo, la metió dentro de un tirón, salió y cerró dando un tremendo portazo.

Nanette Bertin se quedó inmóvil, controlando su sobresalto. Luego, se volvió hacia el interior de la *suite*, y llamó:

—¿Alteza? Soy, Nanette Bertin... ¿Me necesita para algo?

—Pase, señorita Bertin.

La muchacha cruzó el saloncito, y entró en el dormitorio del príncipe Rachmaninoff, que acudió a su encuentro sonriente. Estaba en batín, impecable, elegantísimo y atractivísimo.

—¿Ha traído su bloc?

—Sí... Sí, claro, sí...

—Magnífico. Siéntese en esa butaquita, por favor. Eso es. Gracias. Bueno, voy a dictarle a usted una carta. En ruso. ¿Seguro que lo entenderá todo bien?

—Sí, sí.

—Estupendo. Vaya, señorita Bertin, está usted bellísima, de veras. ¡Qué vestido de tarde tan precioso...! Adecuado. Hace una hermosa tarde, ¿no le parece? Y... ¿son imaginaciones mías o lleva usted un perfume exquisito?

—Pu-pues... pues...

—Escriba, escriba... ¿Preparada?

Nanette cerró un instante los ojos, tras asentir. Estaba loca por aquel hombre... ¡Loca, loca, loca...! ¡Y él la llamaba sólo para dictarle una carta! ¡Una estúpida carta en ruso que...!

La voz de Alexei se deslizó en sus oídos, en impecable ruso; y ella comenzó a escribir:

«Camarada Marya Ivanovna: Voy a seguir trabajando en la Interpol, naturalmente, y disfrutando toda mi vida de la compañía de Anton Kovenko. Sin embargo, no veo obstáculo para conseguir todavía más felicidad uniéndome en matrimonio a una bella jovencita un tanto cretina que, según Anton, está loca por mí. Camarada Marya Ivanovna, ¿qué tal si nos casamos a la francesa?

»Firmado:

»Príncipe Alexei Rachmaninoff.

»Niza,

2-9-75».

—¿Ha terminado, señorita Bertin?

Nanette dejó caer el bloc y el bolígrafo y se puso en pie.

—Sí, Alteza —musitó.

—¿Y cuál es su respuesta?

* * *

El teléfono sonó a las nueve y media de la mañana, sobre la mesita de noche; y como Nanette era la que estaba más cerca, se giró y descolgó el auricular.

—¿Sí? —murmuró.

—¿...?

—Sí, soy yo. ¿Qué...?

Escuchó lo que le decían. Luego, se echó a reír, colgó el auricular, se volvió hacia Su Alteza y le besó en los labios, larga, larga, largamente...

—Bueno, ¿quién era? —recordó más tarde Alexei.

—¿Al teléfono? Era Anton... Quería saber si ya te he visto las nalgas en busca de esa señal de los Rachmaninoff.

—¡Ese pesado de Anton...! ¡Como si no tuviera bastante con su chica de Cannes! Por cierto que es guapísima, te lo aseguro. Oye... ¿qué le has contestado a Anton?

—Pues la verdad —musitó Nanette, besándole de nuevo—; que todavía no he tenido tiempo de verte esa marca, Alteza.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...